9409

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA RAZON DE LA FUERZA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1872

13

LA RAZON DE LA FUERZA.

TEATRO ESPAÑOL.—21 DE DICIEMBRE DE 1872.

LA
RAZON DE LA FUERZA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	D.ª Elisa Boldun.
BLANCA	Josefa Hijosa.
EL CONDE	D. Antonio Pizarroso.
DON NICOLÁS	José Alisedo.
JULIAN	Antonio Vico.
ENRIQUE	Leopoldo Buron.
MIGUEL	Ricardo Moral es.
JUAN	Ricardo Lopez.
UNA DONCELLA	No habla.

La accion en Madrid en casa del Conde.
Época corriente.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SEÑOR

DON MATIAS DE VELASCO Y ROJAS,

MARQUÉS DE DOS-HERMANAS, ETC., ETC., ETC.

Querido Marqués: Aún no se ha borrado de nuestro ánimo la agradable impresion que nos produjo la primera visita que tuvimos el gusto de hacer á V. en su elegante casa palacio. Allí, rodeado de todas las ediciones inglesas, francesas, alemanas é italianas, —¡por qué no podremos decir españolas!—de las obras del inmortal Shakspeare, vimos con entusiasmo al noble y distinguido literato que consagra sus vigilias y su fortuna en pró de las bellas letras. Las sabias y profundas críticas de Pope, Steevens, Victor-Hugo, Guizot, Schlegel, Rusconi y tantos otros comentadores del gran poeta inglés, formaban agradable conjunto con las obras más raras, más curiosas y notables del entendimiento humano. Al llegar nosotros estaba usted ocupado en el estudio y version de EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO: tan noble tarea nos obligó á dar á usted nuestros más afectuosos

674437

plácemes, y á felicitarnos al ver unidas en un compatriota las dos aristocracias de la cuna y del talento.

La leal amistad de usted, sus repetidas pruebas de afecto y la franca acogida con que siempre nos honra, nos imponen el agradable deber de consagrarle un recuerdo en justa correspondencia.

Sírvase usted, pues, aceptar la dedicatoria de esta comedia y con ella la seguridad de nuestra consideracion y cariño.

Madrid 20 de Diciembre de 1872.

FRANCISCO LUIS DE RETES. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon amueblado con extraordinario lujo.—Puertas. Al fondo que conduce por la izquierda á lo interior de la casa, por la derecha á la calle.—Izquierda. Dos puertas.—Primer término, habitacion de Enrique. Segundo de Luisa.—Derecha. Primer término, habitacion del Conde.—Segundo, de Blanca.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE, LUISA.

LUISA. ¿Con que viene?
CONDE. (Con una carta en la mano.)
Así lo escribe.
LUISA. ¿Y se sabe cuándo viene?
CONDE. No lo dice; cosas suyas,
genio y figura... ¡qué quieres!
Y es muy capaz de marcharse...
LUISA. ¿Dónde?
CONDE. Á una casa de huéspedes.
LUISA. Teniendo la de su hermano?
CONDE. Todo será que se empeñe.
LUISA. ¿Con que es raro?
CONDE. ¿Nicolás?
Al contrario; franco, alegre,
generoso... un poco terco;

pero Luisa, ¿quién no tiene
defectos?

LUISA. Vamos, es toda
una persona excelente!

CONDE. ¡Y tan recto! ¡Demasiado!

LUISA. ¿Demasiado?

CONDE. Peca á veces
en el extremo... Jamás
una injusticia consiente.

LUISA. ¡Hay caballeros andantes
en el siglo diez y nueve!
¡Y viene á la córte!

CONDE. Si.

LUISA. Pues á buena parte viene.
Va á tener muchos disgustos.

CONDE. Muchos más de los que crees.

LUISA. De modo que si un proyecto
siendo justo se le tuerce...

CONDE. Corta por lo sano.

LUISA. Cómo?

CONDE. Con sus puños lo resuelve.

LUISA. Esa es la ley de la fuerza!
la del salvaje.

CONDE. ¡Ay! á veces...

LUISA. ¡Qué! tú lo apruebas?

CONDE. No, Luisa.

LUISA. ¡Claro! el señor Presidente
del Tribunal de Justicia
ha de pensar de esa suerte?

CONDE. ¿Lo tienes todo dispuesto?

LUISA. Ya está el saloncito verde
preparado y adornado.

CONDE. No es preciso que te esmeres
en los detalles; mi hermano
hace la vida campestre,
y no le gustan perfiles
ni dibujos.

LUISA. Me parece
que exageras su carácter.

CONDE. ¡Oh! si tú le conocieses!
Hace dos años que su hijo
Miguel, un chico excelente,

vino á Madrid, y ya sabes
la vida que hace.

LUISA. Oh! sí.

CONDE. Siempre
afanado en sus estudios;
no sale, no se divierte.

LUISA. ¿Es un cartujo?

CONDE. ¡Un cartujo!
casi, casi: hace dos meses
que habeis venido de Lóndres
y aún estais sin conocerle.

LUISA. Tú sí.

CONDE. Sólo yo: su padre
le mandó que no pusiese
los piés en casa.

LUISA. ¿Por qué?

CONDE. Como aquí damos á veces
reuniones...

LUISA. Ya comprendo.

CONDE. Y el chico es tan obediente...

LUISA. Pero viniendo su padre...

CONDE. Él tambien: espero hoy verle.

LUISA. ¡Quéjate de la fortuna,
ingrato! ¡qué feliz eres!
un hermano á quien no has visto. .

CONDE. Hace ya veinte años; veinte!

LUISA. Y una hija que ha cumplido
quince!

CONDE. ¡Dios me la conserve!

LUISA. Y que ayer dejó el colegio.

CONDE. ¿En dónde está?

LUISA. Con Mercedes
salió á misa... ¡Qué gran dia!

CONDE. Sí, ¡gran dia! (Con amargura.)
Si no fuese...

(Marcada trasformacion en el carácter de Luisa; de la jovialidad y llaneza pasa el despecho.)

LUISA. No hablemos de eso.

CONDE. ¿Por qué?
¿qué hace Enrique?

LUISA. Duerme!

CONDE. ¡Duerme!

¿Vino tarde?

LUISA. No: temprano.

CONDE. ¡Ah! temprano!

LUISA. Sí! á las siete.

CONDE. ¿Jugó?

LUISA. ¡Qué me importa!

CONDE. Luisa,
¿cómo tan indiferente?

LUISA. (Cambiando de tono.)
Si vieras tú qué aderezo
me he comprado!

CONDE. Pero...

LUISA. El jueves
voy á estrenarlo en el baile
de la marquesa de Céspedes.

CONDE. (Con amargura.)
Si Enrique se pierde, Luisa,
¿por qué tú tambien te pierdes?

LUISA. (Con los ojos arrasados en llanto.)
Papá, ¡qué poco conoces
el alma de las mujeres!

CONDE. El juego Enrique, tú el lujo;
¿á dónde vais, imprudentes!

LUISA. El lujo y la vanidad
son mi defensa más fuerte,
que lo que al cariño falte
la vanidad lo compense. (Llorando.)
¡Ah!

CONDE. ¿Lloras, hija?

LUISA. No es nada.

CONDE. (Mirando por el foro.)
Enjuga el llanto: álguien viene.
Julian.

LUISA. ¡Julian!

CONDE. Hasta luégo.
Voy á decirle que entre
en mi despacho. (Váse por el foro.)

LUISA. (Sola.) ¡Dios mio!
Ya es hora de que despierte.
(Dirigiéndose al primer término derecha.)
Enrique! Las doce dadas.
Enrique! Enrique!

ENR. (Saliendo.) ¿Qué quieres?

ESCENA II.

LUISA, ENRIQUE.

ENR. ¡Hola, Luisa! Buenos dias.
¡Ya es tarde! ¡Cuánto he dormido!
LUISA. ¡Mucho!
ENR. ¡Qué sueño he tenido!
¡Malditas contrajudías!
(Siéntase.—Con abandono.)
Hoy tú, qué piensas hacer?
LUISA. ¿Yo? no tengo pensamiento.
ENR. ¿No tienes?
(Bosteza. Ap.) (¡Qué aburrimiento!) (Alto.)
Pues saldremos.
LUISA. No.
ENR. Mujer,
¿qué es eso?
LUISA. ¿Qué?
ENR. Que me extraña
hallarte... así... tan casera.
LUISA. ¡Qué quieres!
ENR. ¿Quién? ¿yo? Quisiera
que no fueses tan huraña.
LUISA. Enrique...
ENR. Tengo razon,
no viene bien, cara esposa,
esa cara tan hermosa
y esa áspera condicion.
LUISA. Lisonjero!
ENR. ¿Quién te iguala?
LUISA. ¿Sueñas aún?
ENR. Luisa mia,
¿no he pagado todavía
los muebles?
LUISA. ¿Los de la sala?
No.
ENR. Creí que sí; es igual,
ya los pagaré despues.
LUISA. Mañana.

ENR. Justo.
LUISA. Eso es.
ENR. Hay que abonarse en el Real.
LUISA. No descuidarse!
ENR. ¡Qué suerte
tan fatal!
LUISA. ¿Perdiste anoche?
ENR. Cien onzas. ¿Vino el del coche?
LUISA. No.
ENR. Si viene hoy se divierte.
LUISA. ¿Y por qué?
ENR. Yo hecho mis cuentas.
LUISA. Pues tu caja...
ENR. Está vacía.
LUISA. Pero tu renta...
ENR. La mia?...
Buenas están nuestras rentas!
El caso es que no sé cómo
se va el dinero... ¡es extraño!
se malgasta mucho al año.
LUISA. Pues despide al mayordomo.
ENR. Por qué? si él...
LUISA. (Ap.) (Me da rubor!)
ENR. Es preciso, Luisa mia,
un poco de economía.
LUISA. Tú ya la tienes... de amor.
ENR. (Ap.) (Ya salimos con el *bú*.)
(Alto.) Es forzoso poner tasa.
LUISA. Pónla tú, que en esta casa
si álguien malgasta, eres tú.
ENR. Sabes que estás hoy chistosa?
LUISA. Tú que perdiendo un tesoro,
atiendes poco al decoro
de tu padre y de tu esposa.
ENR. Basta! (Ap.) (Qué tédio! ¡Qué hastío!)
(Alto.) Ha de ser un pordiosero
el hijo y el heredero
del conde de Valderio?
LUISA. Segun tus asuntos van,
creo, Enrique, que ya es hora...
ENR. Basta, te he dicho.
JULIAN. (Por el fondo izquierda.) Señora...

ENR. Hola, Julian!
LUISA. ¡Ah! Julian!

ESCENA III.

LOS MISMOS, JULIAN.

JULIAN. ¿Qué es eso?
ENR. ¿Eh? ¡Qué ha de ser!
JULIAN. ¡Vaya! á mal tiempo he venido.
LUISA. (Sentándose.) Nada!
ENR. (Sentándose.) Nada.
LUISA. Mi marido...
JULIAN. ¡Cómo Enrique!
ENR. Mi mujer!
JULIAN. (Cruzándose de brazos.)
¡Y sois ricos!
ENR. ¿Eso es chanza?
JULIAN. ¡Y estais en contínua guerra!
LUISA. ¡Ricos!
JULIAN. Pobres de la tierra,
ved aquí vuestra venganza.
El pan os puede faltar,
frios, hambres pasareis;
más qué importa, si teneis
la ventura del hogar.
ENR. ¡Profunda filosofía!
la estudias aún por ventura?
JULIAN. Mi estudio es la arquitectura.
ENR. ¿Todavía?
JULIAN. Todavía.
Y eso que mi pensamiento
un edificio labró
sobre el viento.
ENR. ¡Y qué!
JULIAN. ¡Se hundió!
ENR. Como estaba sobre el viento.
LUISA. (Ap.) (Eso lo dice por mí.
Prudencia!)
ENR. Vuelvo á mi tema.
Aquí hace falta un sistema
de economías!

JULIAN. ¡Aquí!
ENR. Es indispensable á veces
que la mujer...
JULIAN. (Con sarcasmo.) ¡Ay, amigo!
no se ha casado contigo
para ahorros ni estrecheces.
ENR. ¡Cómo!
LUISA. ¡Cómo? (Ap.) (Ya comprendo.)
ENR. Qué quieres dar á entender?
JULIAN. Yo, nada! eso es la mujer
en general.
ENR. ¡Ya lo entiendo!
JULIAN. Cuando da con su albedrío
su mano y su corazon,
es con su cuenta y razon,
su cargo y data.
LUISA. (Ap.) (¡Dios mio!)
(Alto.) Eso ya es exagerar
la franqueza.
JULIAN. Yo hablo así...
ENR. ¿No vas á casarte?
JULIAN. Sí,
sí que me voy á casar.
LUISA. ¡Es posible!
ENR. ¿Por qué no?
LUISA. ¿Con quién?
JULIAN. Con Blanca.
LUISA. ¿Qué?
JULIAN. Veo
que le extraña á usted?
LUISA. Yo!
JULIAN. Creo
que supe elegir.
ENR. ¡Pues!
LUISA. (Ap.) (¡Oh!)
(Alto.) Blanca tiene quince años.
JULIAN. Cabal!
LUISA. Y usted...
JULIAN. Treinta y siete.
LUISA. Pero usted qué se promete...
JULIAN. Olvidar mis desengaños
LUISA. Pero...

ENR. Blanca es hechicera,
y como éste no es muy tierno,
ántes que llegue el invierno
se acoge á la primavera.

LUISA. Y ella ama á usted?

ENR. Bobería,
¿quién piensa en amor ahora?

LUISA. Boda desigual...

JULIAN. Señora!

LUISA. No es boda.

JULIAN. ¿Qué es?

LUISA. Mercancía.

JULIAN. ¡Ah!

LUISA. (Ap. á Jusian.)
(Reflexione con calma
que le falta la razon.)

JULIAN. La razon; y el corazon,
y el sentimiento, y el alma!

LUISA. Ese lenguaje...

JULIAN. Es veraz.

ENR. ¿Qué decíais?...

JULIAN. Yo decía...

JUAN. (En la puerta.)
Esta carta para usía,
del señor de San Torcaz.
(Entrega á Enrique la carta y váse.)

ENR. (Leyendo.) «Señor don Enrique, etcétera. Re-
»petidas veces he hecho presente á usted
»la necesidad de que arreglemos nuestras
»cuentas sin haber podido llegar á este re-
»sultado: hoy en vista de su extraña con-
»ducta, acudo al juez de paz para que
»ampare mi derecho...»
(¡Oh, infame! no se contenta
con perderme y arruinarme,
quiere tambien deshonrarme!
¡yo en un juzgado! ¡qué afrenta!
Yo le juro por quien soy
vengar... ¿Y cómo me vengo,
si ya ni aún crédito tengo?)
(Alto.) Me voy!

LUISA. ¿Te vas?

ENR. Sí; me voy
á un asunto de interés.
LUISA. Pero oye...
ENR. No me es posible!
(Ap.) (Cada dia es más horrible
la sima que hay á mis piés.)
(Váse por el primer término de la derecha.)

ESCENA IV.

LUISA, JULIAN.

JULIAN. ¡Já! já! já! já! ni un venablo
va más ligero. ¡Já! já!
LUISA. Julian esa risa...
JULIAN. Va
como alma que lleva el diablo.
LUISA. Usted sabe...
JULIAN. Poco á fe.
Juega al monte como un loco,
debe mucho y paga poco;
eso es todo lo que sé!
LUISA. ¡Oh! y usted...
JULIAN. ¿Yo? Yo he comprado...
(Sacando una agenda de bolsillo.)
Uno, dos, cuatro solares,
dos casas, tres olivares...
y aquí en papel del Estado...
¡Já! já! já!
LUISA. ¡Qué buen humor!
JULIAN. Mucho! Qué quiere usted, Luisa,
generalmente la risa
viene detrás del dolor.
Amorosos desengaños
cuando era jóven lloré;
pero entónces... ya se ve!
tenía entónces veinte años.
Yo canté las agonías
de un amor puro y gentil,
y al resplandor del candil
hice odas y elegías.

Mis amorosas querellas
el público desoyó,
y cuando escribía yo
oda A. L., tres estrellas;
En la literaria lid,
Madrid se empeñó en silbarme,
y ansioso yo de vengarme,
dije, derribo á Madrid.
Puse en planta mi proyecto,
y en diez años que han pasado,
el poeta ayer silbado
es hoy un rico arquitecto.
(Guarda la agenda.)

LUISA. Julian, le conozco á usté;
eso fué por olvidar...

JULIAN. Que usted me dejó por dar
su mano á Enrique? no á fe.
Es así natural mio
y no lo puedo impedir,
el mundo me hace reir,
Luisa, y por eso me rio.
La sociedad es ingrata,
y este mundo es en el dia
bravo potro á quien se guía
con unos frenos de plata.
Los libros... ya no los leo,
no pienso abrirlos jamás,
¿podrán enseñarme más
de lo que yo mismo veo?
¿Y amigos? ¡Oh! los placeres
de la amistad...

LUISA. ¿Pero qué?

JULIAN. Yo nunca amigos hallé.

LUISA. ¡Oh, Julian!

JULIAN. ¿Y las mujeres?
¿quién con su constancia cuenta?
cualquiera es fácil conquista
si se ponen á su vista
veinte mil duros de renta.

LUISA. (Confusa.)
Julian!

JULIAN. ¿No tengo razon?

LUISA. Creo que tanta flaqueza...
JULIAN. Siempre tienen la cabeza
dominando al corazon.
Vamos á ver si me explico:
sintiendo de amor la llama,
dos pretenden á una dama
sabio pobre y tonto rico.
La dama se inclina al pronto
hácia el sabio sin fortuna,
pero al elegir... no hay una,
Luisa, que no elija al tonto.
¡Á tal llega el egoismo!
¿Y usted de mi risa, Luisa,
se asombra! ¡oh! es tal mi risa
que me rio de mí mismo!
Eternamente te adoro,
tú eres mi gloria, mi encanto!
¡ay Luisa! me rio tanto!
tanto!... desde que no lloro!...
LUISA. (Ap.) (Cómo ha sufrido!)
JULIAN. Así veo
la vida desengañada,
del hombre no creo nada,
de la mujer nada creo.
LUISA. Pensando así, usted anhela
unirse á Blanca! usted quiere...
JULIAN. Cuando el enfermo se muere
á un gran remedio se apela.
Si yo encuentro una mujer
que guarde para su esposo
el primer sueño amoroso...
¡Quién sabe!
LUISA. No puede ser!
¡Sin cariño! ¡sin pasion!
JULIAN. Mi interés es lo primero.
LUISA. Blanca es mi hermana, y la quiero
con todo mi corazon.
JULIAN. No importa.
LUISA. Tal insistencia!
Compasion por Blanca!
JULIAN. Ah!
LUISA. Sí.

JULIAN. Y la tuvo usted de mí
al destrozar mi existencia?
LUISA. No olvide usted que mi estado
tal explicacion me impide.
¿Con qué derecho me pide
cuentas del tiempo pasado?
JULIAN. ¡Del tiempo pasado! ah! sí!
Y usted al rogarme ahora,
¿con qué derecho, señora,
me pide cuentas á mí?
LUISA. ¡Por Blanca! no sacrifique
usted...
JULIAN. No, Luisa, es en vano;
me la ha ofrecido su hermano,
su esposo de usted.
LUISA. ¡Enrique!
¿Ese proyecto maldito
es suyo?
JULIAN. Suyo.
LUISA. ¡Oh tormento!
va usted á ser instrumento,
cómplice de un vil delito.
JULIAN. Delito! Señora...
LUISA. ¡Ah! no,
mi mente se ha trastornado,
no es verdad, no! (Ap.) (Dios sagrado,
qué es lo que iba á decir yo?)
Julian!...
JULIAN. (Ap.) (Trémula se queda.
¡Oh, qué sospecha! Quizá...
Si al darme á Blanca querrá
que en cambio el dote le ceda?
¡Oh qué idea tan villana!)
(Alto y lentamente.)
De Blanca me da la mano.
¿Es que comercia el hermano
con el dote de la hermana?
LUISA. ¡Oh! siendo yo su mujer,
si eso llegó á sospechar
ni usted debió preguntar
ni yo debo responder.
(Váse por el segundo término izquierda.)

ESCENA V.

JULIAN.

Todo en Enrique es creible.
Luisa por Blanca me ruega;
la tranquilidad me niega
y la ventura! ¡Imposible!
No escucho á mi corazon,
no quiero hacerle mi juez,
es fuerza que alguna vez
dé oidos á la razon.
Mi dicha sacrificada
vive á ella, ¡soy un niño!
¿qué esperan ya mi cariño
y mi honor de Luisa? nada!
Me condena á padecer
ya siempre? ¿no puedo hallar
quién vuelva á regenerar
mi vida? ¿no he de poder?
Blanca hará que dé al olvido
este amor tan desdichado;
es muy niña y aún no ha amado.
No hay duda! estoy decidido;
de Blanca esposo seré;
á Luisa esta union me enlaza
y si el dolor la amenaza,
yo por ella velaré.

ESCENA VI.

JULIAN, BLANCA, fondo derecha.

JULIAN. (Ap) (¡Blanca!)
BLANCA. (Viéndole.) Oh, señor don Julian,
JULIAN. Blanca!
BLANCA. Aquí ya de visita?
JULIAN. Pues cómo tan de mañana?
BLANCA. La una! vengo de misa.
JULIAN. ¿Y no reza usted en ella?
BLANCA. ¿Pues no he de rezar?

JULIAN. Creia...
BLANCA. ¿Por qué?
JULIAN. Sin devocionario.
BLANCA. ¡Sí, me parece mentira;
le he perdido... no sé cómo;
le dejé sobre la silla
y al ir á buscarle...
JULIAN. Es claro;
algun pillo.
BLANCA. ¡Dios me asista!
no señor!
JULIAN. ¿Por qué?
BLANCA. Porque
como soy tan aturdida
se habrá caido, ¡robarle!
pues para qué le quería?
¡Qué lástima! con el Kempis
y todas las letanías,
la misa entera y despues
unas estampas tan lindas.
JULIAN. Como usted.
BLANCA. No; mucho más.
JULIAN. Mas usted!
BLANCA. ¡Ave María!
calle usted! lo que yo siento
sobre todo es Santa Rita.
JULIAN. Abogada de imposibles.
BLANCA. Sí señor.
JULIAN. Pues usted, niña,
devocion tiene á la santa?
BLANCA. Sí señor.
JULIAN. Pues no se aflija.
Prometo hacerla un regalo...
otro...
BLANCA. ¿Otro?
JULIAN. Sí; y si olvida
el perdido por el nuevo,
podré darme las albricias.
BLANCA. Mil gracias... Sí, don Julian,
le acepto con alma y vida.
JULIAN. Don!... suprima usted el don.
BLANCA. La edad!

JULIAN. La edad! Hija mia,
es muy extraña esa pérdida.
BLANCA. Estaba tan distraida.
JULIAN. ¿Con el cura?
BLANCA. Con el cura,
sí señor.
JULIAN. ¡Ah! picarilla!
BLANCA. (Ap.) (Jesús qué vergüenza tengo,
se me conoce en seguida.)
JULIAN. Si en lo blanco de los ojos
se la conoce.
BLANCA. Una china
que se metió... Si hace un viento!...
JULIAN. ¿Soplo?
BLANCA. Salió, pero aún pica.
JULIAN. Blanca, el amar no es delíto,
sea franca y expansiva
conmigo.—Usted ama.
BLANCA. Yo!
¡ay Jesús qué tontería!
Amar á los quince años?...
JULIAN. Á setenta no se explica.
BLANCA. Pues no señor.
JULIAN. Eso es cierto?
BLANCA. Yo no he mentido en mi vida...
(Ap.) (Menos ahora.)
JULIAN. Y si esos ojos,
que son dos astros que hechizan,
hubieran hecho latir
un corazon...
BLANCA. ¿Por mí? Filfa!
No diga usted esas cosas,
que aunque soy una chiquilla
sé mucho de mundo.
JULIAN. ¿Mucho?
BLANCA. Muchísimo! Soy muy lista,
y no quiero tener novio.
¡Mienten más los hombres!...
JULIAN. ¡Niña!
BLANCA. Piensa usted que en el colegio
no pasan cosas divinas?
Amalia se enamoró

de un alférez de marina,
y cuando iban á casarse
él se echó al mar.

JULIAN. ¡Santa Brígida!
¿y se ahogó?

BLANCA. Cá, no señor,
es que se fué á Filipinas.
Lola amaba á un aspirante
con treinta cuartos al dia
y por rondarla la calle
no iba nunca á la oficina.

JULIAN. ¿Le quitaron.

BLANCA. Le ascendieron
á oficial.

JULIAN. Muy bien!

BLANCA. Se admira?
Era de estos.

JULIAN. Ah, ya! entónces
su modestia era excesiva.

BLANCA. Con seis mil reales al año.
Pues bien, á la pobre chica
la dijo que iba á buscar
segun su categoría,
otra novia de su clase.

JULIAN. Y la dejó?

BLANCA. ¡Pobrecilla!
Como era oficial, por una
oficiala de modista.

JULIAN. Já! já! já!

BLANCA. Abur, Julian,
buenos dias.

JULIAN. Buenos dias. (Váse Blanca.)
(Solo.)
¿Esto es inocencia, ó no?
¿quién sabe? no, ¿quién se fia?...
¡No lo ha de ser! desengaños,
desencantos de la vida,
á las almas más ardientes
las tornais secas y frias.

ESCENA VII.

JULIAN, el CONDE, JUAN, luégo ENRIQUE.

CONDE. (Á la puerta del foro.)
¿Que aquí este pliego ha dejado
un alguacil para Enrique?
JUAN. Sí señor.
CONDE. No hay quien me explique...
Es el sello del juzgado.
Vete! (Váse el criado.)
La sangre me abrasa,
todo lo debo temer!
¿Pero esto, qué puede ser?
¡La justicia por mi casa!
Saldré de dudas.
(Vá á abrir el pliego.)
¡Ah! no!
por más que abrirle me cuadre,
que vea Enrique en su padre
más decoro que en él yo.
¿En dónde, en dónde estará?
(Reparando en Julian.)
Julian, ¿y Enrique!
JULIAN. Ha salido.
CONDE. Sabe usted á dónde ha ido?
JULIAN. Aquí le tiene usted ya.
(Toma el sombrero. Á Enrique, que aparece por el primer término derecha.)
Buena te espera.
ENR. ¿Por qué?
JULIAN. Vino un pliego...
ENR. Víno. ¡Oh!
Tienes mil duros?
JULIAN. No.
ENR. ¿No?
lo siento.
JULIAN. Los buscaré.
Pero ten de tí clemencía,
mira que te vas á pique.
ENR. Esta noche pienso...

JULIAN. Enrique!
ENR. Jugarme hasta la existencia.
Ahora á echarlo todo á risa.
CONDE. Yo le juro por mi nombre
que ha de acordarse.
JULIAN. (Ap.) ¡Y este hombre
es el marido de Luisa! (Váse fondo izquierda.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, ENRIQUE.

CONDE. Quiero hablarte.
ENR. Estoy dispuesto;
qué deseas?
CONDE. Ven acá;
este es un oficio... (Enseñándole el pliego.)
ENR. ¡Ah!
CONDE. Del juez!
ENR. Del juez!
CONDE. Sí; qué es esto?
ENR. Yo!
CONDE. Ábrale usted y lea...
ENR. Pero...
CONDE. ¿Le tiembla la mano?
tan terrible es el arcano
que nos esconde esa oblea?
ENR. Yo le juro á usted que no...
CONDE. Lea usted.
ENR. No puede ser.
CONDE. ¿No quiere el sobre romper?
tendré que romperle yo.
ENR. ¡Padre! padre! usted qué intenta!
CONDE. Apurar los desengaños.
ENR. Padre! ya tengo treinta años.
CONDE. ¡Hijo! yo tengo sesenta.
En este pliego está escrito
su comportamiento aleve,
¿usté á abrirle no se atreve?
para que lo necesito!
Oiga usted! en este pliego
que abrasa mi mano helada,

está nuestra honra arrastrada
en una casa de juego;
en este pliego, padron
de ignominia y de bajeza
está de nuestra nobleza
borrado el limpio blason.
Con el espíritu ciego
de una loca juventud,
muerta yace la virtud
bajo el sobre de este pliego.

ENR. Padre!

CONDE. ¿Va usté á replicar?
piensa usted que se me oculta
su deshonra?

ENR. Usted me insulta
y no le quiero faltar. (Váse.)

ESCENA IX.

EI CONDE, D. NICOLÁS.

NIC. (Dentro.) ¿Quiere usted dejarme en paz?

JUAN. (Id.) Hoy no recibe el señor.

NIC. (Id.) Qué señor ni qué demonio!
vaya usted mucho con Dios!

CONDE. ¿Qué es eso?

NIC. (Saliendo.) ¡Pedro! ¡Perico!

CONDE. (Dominado por la emocion.)
¡Nicolás!

NIC. Nicolás soy!
¿sientes que venga tu hermano?
es que entónces...

CONDE. Oh! no! no!
dame un abrazo!

NIC. No creas
que me haces ningun favor
en recibirme; de nadie
necesito, y ¡voto á bríos!
ántes que ver malas caras
voy á vivir al meson.

CONDE. ¡Siempre el mismo! con un genio
tan vivo!

NIC. Si te enfadó,
el ver que en este aposento
entré con el chaqueton.
CONDE. ¡Puedes creerlo!
NIC. ¡Qué quieres!
Desembarco del vapor,
tomo el Prado, la Carrera,
llego á la Puerta del Sol,
tuerzo la calle del Cármen,
subo á esta casa veloz,
pregunto, no me contestan;
quiero entrar; dicen que no;
me enfurezco; se enfurecen;
derribo un criado ó dos;
llego á esta sala, te veo,
voy á darte un apreton;
y te me quedas tan fresco
como un sorbete de arroz.
Pues hombre, para este viaje
no necesitaba yo
alforjas, con irme al diablo
estaba mucho mejor.
CONDE. Como entraste de ese modo...
NIC. ¡Pues!
CONDE. Como una exhalacion!
NIC. Entro como quiero, ¡otra!
pues qué! no puedo entrar yo?...
CONDE. Oh! sí, sí! dame un abrazo!
NIC. Perico! (Abrazándole.)
CONDE. ¡Qué infeliz soy!
NIC. ¡Cómo! ¡tú infeliz! ¿qué dices?
hombre, no es esa la voz
que corre.
CONDE. Mi hijo!
NIC. Tu hijo?
CONDE. Su conducta me da horror!
NIC. Otra! más si el tuyo es malo,
el mio espero que no!
CONDE. ¡El tuyo! ¡qué diferencia!
virtuoso, trabajador,
activo!
NIC. Y que no lo fuese!

CONDE. Franco, recto.
NIC. Como yo!
CONDE. El mio indolente.
NIC. ¡Otra!
no me extraña.
CONDE. Jugador,
débil, ingrato, vicioso...
NIC. Mi chico es hombre de pró!
CONDE. El mio tiene poca alma.
NIC. Y el mio gran corazon!
¿Pero quién tiene la culpa
de esa diferencia atroz?
tú has mimado mucho al tuyo,
y ya ves! no digo yo
que el mio sea perfecto;
pero levantar la voz
á su padre! ¡cá! primero
le aplasto de un mojicon.
No le he pegado dos veces,
pero la primera... ¡oh!
no se le olvida, aunque sea
más viejo que San Anton.
Por supuesto que á esta casa
no habrá venido?
CONDE. Y por Dios
que esa conducta me ofende.
NIC. Á tí te ofende, á mí no.
Lo primero que le dije;
cuando seas un señor
abogado; entónces, bueno,
puedes ir de diversion
á casa de tus parientes;
lo que es ántes, ni el olor.
CONDE. Mis hijos no le conocen.
NIC. Que no le conozcan... Hoy
que es ya un hombre de provecho
podrán conocerle...
CONDE. Son
rarezas tuyas.
NIC. ¡Rarezas!
sí, Perico, si yo soy
muy raro. ¡Y ya tarda el chico;

le he dejado en la estacion
recogiendo el equipaje!
Pero escucha, ¡voto á brios!
¡qué! ¿no hay gente en esta casa
más que tú? ¿y ese aluvion
de sobrinos? ¿dónde diablos
andan? (Gritando.) ¡Á ver!

CONDE. Juan!

JUAN. Señor.

CONDE. Los señoritos que vengan
aquí al momento.

JUAN. Ya voy. (Váse Juan.)

CONDE. Pronto los verás.

NIC. Lo ansío
con todo mi corazon.
(Viendo á Blanca y á Luisa.)
¡Hola! ya pareció aquello!

ESCENA X.

LOS MISMOS, LUISA, BLANCA, ENRIQUE, por sus respectivas habitaciones, JULIAN, por el foro.

NIC. ¿Esta es Blanca?

BLANCA. (Tímidamente.) Sí, señor.

NIC. Venga un abrazo, chiquilla.

BLANCA. (Asustada, refugiándose en el Conde.)
Papá! papá!

CONDE. No, hija, no,
si es tu tio.

BLANCA. ¡Ah! ya! es mi tio!
Entónces, no uno, dos. (Le abraza.)

NIC. ¿Esta es Luisa?

LUISA. Servidora.

NIC. ¿Y este Enrique?

ENR. Servidor.

NIC. ¡Qué servidor ni azofaifa!
los cumplidos de cajon
quedan para los extraños.
(Reparando en Julian.)
¿Y éste, quién es?

JULIAN. (Sonriéndose.) Yo? yo soy...
CONDE. Un amigo.
NIC. ¡Ah, un amigo!
lo celebro como hay Dios.
Nicolás Entrambasaguas,
propietario en Fuenmayor.
JULIAN. Gracias.
NIC. Los riojanos damos
con la mano el corazon.
JULIAN. Julian Cífuentes.
NIC. Me alegro.
(Al Conde.) Parece un hombre de pró
(Á Enrique.) Escucha, muchacho.
ENR. ¡Tio!
NIC. Sobrino, á decirte voy
cuatro cositas al alma,
así á la buena de Dios;
tú no andas derecho, Enrique,
eres el hijo mayor
de mi hermano, y es preciso
mudar de bisiesto.
ENR. ¡Oh!
NIC. Porque no me da la gana
que causes su perdicion.
Mételo en cintura, Luisa,
ó tendré que hacerlo yo.
ENR. Esto es demasiado.
NIC. Esto es
sobrino, hablar en razon.
¿La franqueza no te agrada?
pues bien, mejor que mejor!
ENR. Ademas de la franqueza
me agrada la educacion.
(Movimiento de Nicolás.)
CONDE. Es tu tio.
ENR. (Ap.) (Vaya un tio!
dejémosle con su humor,
si gano esta noche puede
que me sirva de bufon.) (Váse.)
NIC. Bien calientes lleva ya
las orejas... Se acabó!
BLANCA. Tio, dice usté unas cosas!...

le ha echado usted un sermon!

NIC. De padre y muy señor mio,
hija; si así me ha hecho Dios.
Pero y Miguel, que no viene
y tengo un hambre feroz?

CONDE. ¿Por qué no lo has dicho? Luisa.

LUISA. Papá!

BLANCA. Yo iré; Juan... Dispon
el almuerzo

NIC. Cualquier cosa;
no imagines tú que soy
un tragaldabas... Un par
de huevos, pues, con jamon,
una libra de merluza,
una chuletilla ó dos,
y sobre todo, buen vino.

JUAN. ¿Laffite! ó Chateau Margaux?

NIC. ¿Qué dice?

JUAN. Sauterne?

NIC. ¿Cómo?

BLANCA. ¿Quiere usted Burdeos?

NIC. No.
Yo no quiero agua y vinagre,
Valdepeñas! español.

BLANCA. Quiero decirle una cosa,
tio.

NIC. Ya te escucho, flor.

BLANCA. Que me hace usted mucha gracia,
pero mucha.

NIC. Vive Dios,
me alegro!

BLANCA. Es usted tan llano,
tan franco, tan bonachon!

NIC. Tú una perla! (Ap.) (Qué pareja
podrian hacer los dos!)
Oye tú.

BLANCA. Mande usted, tio?

NIC. ¿Sabes tú lo que es amor?

BLANCA. Qué dice usted?

NIC. Que no mientas.

BLANCA. (Ap.) (¡Ay, Dios! si sabrá?) (Alto.) Yo no.
(Ap.) (Todos me preguntan eso!)

NIC. ¿De verdad?
BLANCA. Yo, no señor.
NIC. Está muy bien, pero...
BLANCA. Tengo
que estudiar una leccion
de solfeo.
NIC. ¡Hola! entiendes
tambien del re la mi dó?
BLANCA. Es claro.
NIC. Y haces calceta?
sabes poner un arroz?
BLANCA. Tambien... Va á venir Inzenga,
y aquella aria de Gounod...
(Ap.) (Si supiera que amo á un hombre!
vaya! este tio es atroz.) (Váse.)
NIC. Perico, tienes una híja
que es todo un ángel de Dios!
CONDE. (Dominado por su pensamiento.)
Que coja un fusil, que muera
defendiendo su nacion,
esto es más digno, más noble!
NIC. ¿Qué dices? Vírgen de la O,
¿te has vuelto loco?
CONDE. ¡Ay, hermano!
me está matando el dolor! (Váse.)

ESCENA XI.

JULIAN á un lado pensativo, LUISA al otro cabizbaja, D. NICOLÁS en medio.

NIC. (Ap.) (Pues señor, aquí no hay nadie
que esté en su cabal razon,
todos andan trastornados,
todos! digo, ¿y estos dos?
la una está mirando al suelo,
el otro está en oracion.)
(Alto.) ¿Saben ustedes, señores,
que está la Puerta del Sol
desconocida? ¡qué casas!
¡qué fuente! tiene un pilon!...
Vamos, que estarse veinte años

sin salir de Fuenmayor,
y dejarlo de repente,
y hallarse de sopeton
con una familia nueva,
¿no es verdad? yo como soy
tan sencillo, y como tengo
en la mano el corazon,
me duele, es claro, me duele
ver á Pedro... (Cambiando de tono.)
¡Voto al sol!
ustedes no dicen nada,
y todo me lo hablo yo!

JULIAN. (Saliendo de su distraccion.)
¡Ah! dispense usted.
(Dándole la mano á Luisa.) Señora...

LUISA. (Á Julian, ap.)
Lo ha pensado usted mejor.

JULIAN. Me caso con Blanca, Luisa;
esta es mi resolucion. (Váse.)

ESCENA XII.

D. NICOLÁS, LUISA.

NIC. Secretos? Lo dicho, dicho:
aquí hace falta un doctor
que ponga en cura á esta gente;
pero en fin, esta es cuestion
de ellos. Escucha, sobrina,
voy á pedirte un favor,
á ver quién me hace la barba.

LUISA. ¿Eso es imposible, no;
no puede ser?

NIC. Y he de estarme
lo mismo que un segador?

LUISA. ¡Ay, tio!

NIC. ¡Muchacha!

LUISA. El cielo
sin duda aquí le envió;
cuando usted lo sepa todo
nos dará su proteccion.

NIC. ¿Pero qué sucede?

LUISA. Venden
á Blanca.
NIC. ¿Qué dices?
LUISA. Oh!...
la casan con don Julian.
No es posible! no señor. (Vése llorando.)

ESCENA XIII.

D. NICOLÁS, despues MIGUEL, luégo BLANCA.

NIC. El violon están tocando
todos, ¡qué casa! ¡gran Dios!
y ella llora! si será
más que tocar el violon?
Ese amigo... los amigos...
MIGUEL. (Saliendo por el fondo derecha.)
Padre, todo se arregló,
ya tiene usted su equipaje
ahí dentro, en su habitacion.
BLANCA. (Saliendo.) Ya la leccion he estudiado.
(Viendo á D. Nicolás.)
¿Todavía aquí?
MIGUEL. (Viendo á Blanca.) ¡Ah!
BLANCA. (Corriendo á encerrarse en su habitacion.) ¡Oh!

ESCENA XIV.

D. NICOLÁS, MIGUEL.

NIC. ¡Ah! ¡oh! ¡me gusta á fe mia!...
¿qué es esto?
MIGUEL. (Turbado.) Yo no lo sé.
NIC. No mientas! ella se fué
al verte.
MIGUEL. ¿Por qué sería?
NIC. Sí, ¿por qué sería?
MIGUEL. Yo!...
si no lo sé.
NIC. ¡Voto va!
¿por qué dijiste tú? ¡ah!
¿por qué dijo ella? ¡oh!

MIGUEL. Que no lo sé.
NIC. Me da grima!
hay para exaltar á un santo!
dí, ¿qué la has hecho que tanto
has asustado á tu prima?
MIGUEL. Mi prima?
NIC. Yo me sofoco!
MIGUEL Mi prima?
NIC. Tu prima, sí.
MIGUEL. ¡Ay padre, no estoy en mí!
NIC. ¡Vamos! tambien está loco!
No oigo más que disparates;
todo el tiempo aquí se pasa
delirando, y esta casa
es una casa de Orates.
Es que yo no soy visoño
siento que se cierra el puño,
y yo pronto me enfurruño
y doy la vuelta á Logroño.
MIGUEL. Cálmese usted.
NIC. Bien, pues dí.
MIGUEL. Hace usted formal promesa?...
NIC. La hago, sí.
MIGUEL. ¿Mi prima es esa?
NIC. ¿La que entró y salió? esa, sí.
MIGUEL. Pues deme usted un abrazo.
NIC. Otra! te quieres quitar?
Lo que yo te voy á dar
es un...
MIGUEL. ¿Un qué?
NIC. Un puñetazo!
MIGUEL. Si lo hace usted!...
NIC. Por qué no?
MIGUEL. Voy á contarle una historia.
NIC. Esta sí que es canigloria,
para cuentos estoy yo.
MIGUEL. Puede ser que le interese.
NIC. Á mí nada! nada! ¿estamos?
MIGUEL. Á usted y á mí!¡
NIC. ¿Tambien? Vamos,
habla, á ver qué cuento es ese!
MIGUEL. Apenas la aurora raya,

sale con manto y basquiña
de su colegio una niña
en compañía de una aya.

NIC. ¿Y á qué sale?

MIGUEL. Escuche usted.

NIC. Pero no te extiendas mucho,
que estoy violento.—Ya escucho.

MIGUEL. Hágame usted la merced
de dejar que se lo cuente.
Si usted habla, yo no hablo,

NIC. Tienes razon, ¡voto al diablo!

MIGUEL. Sigo mi historia.

NIC. Corriente.

MIGUEL. Salen á misa las dos.

NIC. Á misa.

MIGUEL. Á Santo Tomás:
yo voy á misa...

NIC. Detrás;
no te lo agradece Dios.

MIGUEL. ¡Padre! La oye; yo tambien,
ella me mira, la miro,
pasa á mi lado, suspiro.

NIC. Suspira.

MIGUEL. Ella no.

NIC. Muy bien!

MIGUEL. Vuelve al colegio, distante
pocos pasos.

NIC. Tú detrás.

MIGUEL. Sí.

NIC. ¿Y qué más?

MIGUEL. Nada más.

NIC. El cuento es interesante:
¿qué haces luégo?

MIGUEL. Estar mirando
sin cesar su celosía;
así se me pasa el dia,
la noche así va pasando.

NIC. ¿Conque en mirar y en mirar
has pasado el tiempo todo?
pues, chico, valiente modo
has tenido de estudiar.

MIGUEL. No crea usted que ha influido

este amor en mis estudios;
aún estoy en los preludios;
pero ha desaparecido
ayer.

NIC. ¿Sí?

MIGUEL. Hoy la he encontrado!

NIC. Ahí es un grano de anís.

MIGUEL. Tambien en misa, en San Luis.

NIC. Qué devoto!

MIGUEL. Y la he robado.

NIC. ¿Qué la has robado?

MIGUEL. Un diamante:
embebida en su oracion
ella ..

NIC. ¿Con qué eres ladron!
¡y lo dice tan campante!

MIGUEL. (Sacando el devocionario.)
Un diamante del cristiano.

NIC. Eso es otra cosa, acaba;
en mi tiempo se llamaba
ejercicio cotidiano.

MIGUEL. La he vuelto á ver...

NIC. Otra?

MIGUEL. Yo.

NIC. Dónde?

MIGUEL. Aquí.

NIC. Aquí?

MIGUEL. Sí.

NIC. Ya!

MIGUEL. Y por eso he dicho ¡ah!
y por eso ha dicho ¡oh!
(D. Nicolás queda pensativo.)

NIC. ¡Malo!

MIGUEL. ¿Qué?

NIC. No es que te arguya,
yo tambien á Blanca adoro.

MIGUEL. ¿Cómo no, si es un tesoro?

NIC. Por eso no va á ser tuya.

MIGUEL. ¡Padre! ¿de quién ha de ser?
pues usted puede dudar...
¿es que la van á casar?

NIC. Es que la van á vender.

MIGUEL. ¿Qué dice usted? ¿hay quién obre
de ese modo?
NIC. ¡Bah! y se explica;
pues no ves que Blanca es rica?...
MIGUEL. Y qué!
NIC. Que su hermano es pobre.
MIGUEL. ¡Ah! ya comprendo la trama,
ese es un golpe cruel.
NIC. Tú le conoces, Miguel?
MIGUEL. Sí! Le conozco de fama:
sé que camina á un abismo!
que va de exceso en exceso;
si, la vende, es capaz de eso!
NIC. Pues con romperle el bautismo!...
MIGUEL. Quiero hablarle.
NIC. No está aquí;
¿para qué?
MIGUEL. Tengo una idea.
JUAN. (Saliendo.)
El almuerzo. (Váse.)
MIGUEL. No me vea
nadie hasta que él venga.
NIC. Di.
MIGUEL. Es un plan que está bullendo
por mi mente y que quizás...
NIC. Pero irte sin más ni más...
MIGUEL. Déjeme usted! Yo me entiendo.
NIC. Corriente.
MIGUEL. Padre! en Madrid
cada casa es una sima,
mas yo salvaré á mi prima
de todo villano ardid.
NIC. No hay más que poner por obra
mi sistema conocido,
todo queda concluido,
conmigo te basta y sobra.
MIGUEL. Al que cometa un exceso
con Blanca, juro á mi madre!...
NIC. Al primero que me ladre
puñetazo y tente tieso.
MIGUEL. Su ley la razon ejerza.
NIC. Yo romperé un esternon.

MIGUEL. La fuerza! no! la razon!
NIC. La razon! jamás! La fuerza!
MIGUEL. Los dos iremos de frente
para ganar la partida.
NIC. Yo la ganaré, descuida.
MIGUEL. La razon es muy potente.
NIC. La fuerza vale un imperio.
MIGUEL. El bueno triunfa del malo!
NIC. Va á haber aquí cada palo
que va á temblar el misterio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, despues una DONCELLA, luégo ENRIQUE, finalmente LUISA.

Al levantarse el telon, se oye dentro tocar una campanilla repetidas veces, despues otra distinta.

JUAN. (Dentro.) Ya van! (Sale.) Teresa! Teresa!
(Vuelve á sonar la campanilla.)
Ya van! (Sale la Doncella.)
La señora llama.
(Entrase la Doncella en el cuarto de Luisa.)

ENR. (Saliendo desesperado por el fondo y tirando el sombrero.)
Maldita sea mi suerte
tan constante y tan contraria!
¡Maldita noche! ¡Juan! Oye.

JUAN. Señor.

ENR. Corre sin tardanza
á casa de don Julian
y dí que venga... Despacha.

JUAN. Allí; en el cuarto de usía
entró ahora mismo.

ENR. (Lanzándose á su cuarto.) ¡Ah!
(Al querer irse Juan aparece Luisa.)
LUISA. (Saliendo.) Aguarda.
¿Ha venido el señorito?
JUAN. Está en su cuarto.
LUISA. (Dirigiéndose al cuarto de Enrique.)
Bien! basta!
JUAN. No está solo.
LUISA. ¿Quién está?
JUAN. Don Julian.
LUISA. ¡Ah!
JUAN. Le esperaba.
LUISA. ¿Vino contento?
JUAN. Señora!...
LUISA. Responde.
JUAN. (Ap.) (Como unas Pascuas.)
(Alto.) Al entrar tiró el sombrero.
LUISA. Bien! vete! no me haces falta. (Váse Juan.)

ESCENA II.

LUISA.

¡Ha perdido! sí, no hay duda!
¡Viene ciego! ¡Dios me valga!
Maldito juego! tú eres
de nuestros males la causa.
(Mirando por la puerta.)
Allí están! Enrique llora
y suplica! Julian calla.
¡Qué pálido está Julian!
Aquí viene!

ESCENA III.

JULIAN, LUISA.

JULIAN. (Ap.) (Luisa! calma!)
LUISA. ¿Qué sucede?
JULIAN. ¿Qué? (Finjamos.)
Luisa, no sucede nada!
LUISA. Está usted pálido

JULIAN. ¿Yo?
LUISA. ¿Cómo aquí tan de mañana?
JULIAN. Tengo que hablar con el Conde.
LUISA. ¡Ah! sí!
JULIAN. Y hoy mismo sin falta
debe quedar arreglado
mi enlace.
LUISA. Hoy mismo? ¿Y qué causa
puede haber que precipite
esa union tan desdichada?
Hable usted.
JULIAN. Hoy más que nunca
esa union es necesaria.
LUISA. ¿Por qué?
JULIAN. El Conde se aproxima.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, el CONDE.

JULIAN. Señor Conde!...
CONDE. ¿Usté en mi casa
tan temprano?
JULIAN. Señor Conde,
es asunto de importancia.
CONDE. ¿Conmigo?
JULIAN. Con usted, sí.
CONDE. Tome usted asiento.
JULIAN. Gracias.
LUISA. (Al marcharse.)
Don Nicolas lo sabrá,
yo he de estorbar esta infamia! (Váse.)

ESCENA V.

JULIAN el CONDE.

CONDE. Ya escucho.
JULIAN. Seguramente,
señor Conde, usted no aguarda
mi peticion.
CONDE. No comprendo...

JULIAN. ¡Oh! de fijo.
CONDE. ¿Es tan extraña!
JULIAN. Usted juzgará.
CONDE. Ante todo
no olvide usted que esta casa,
mi persona y mi fortuna
son de usted.
JULIAN. Estimo tanta
bondad, pero yo deseo
mucho más que eso.
CONDE! ¿Mas?
JULIAN. ¡Vaya!
CONDE. ¿Más que cuanto tengo y valgo,
Julian?
JULIAN. Mucho más.
CONDE. Qué?
JULIAN. Blanca.
CONDE. ¿La mano de mi hija?
JULIAN. Cierto.
CONDE. Julian...
JULIAN. Señor Conde, nada
de dudas ni de rodeos,
usted me conoce y trata;
el más leve inconveniente...
CONDE. ¿Qué sospecha usted?
JULIAN. Me basta.
CONDE. ¡Ah! no, Julian, la sorpresa
que ha visto usted retratada
en mi semblante, no indica
que me duela su demanda:
¡dolerme! y ¿por qué? al contrario,
me satisface y me halaga.
Juzgue usted pues, si al pedírmela
será mi respuesta franca.
Julian, desde este momento
mi cariño le consagra
el dulce afecto de un padre. (Conmovido.
¡Si viera usted cuánta falta
me hace un hijo!
JULIAN. Señor Conde
¿y Enrique?
CONDE. Enrique me mata!

no hablemos de él.

JULIAN. (Ap.) (Si supiese
la sima que hay á sus plantas.)

CONDE. En cambio Blanca es mi vida,
el orgullo de mis canas.
¡Hágala usted muy dichosa,
Julian!

JULIAN. Ah! sí, flor temprana
que aún no ha dado sus hechizos
ni sus perfumes al aura
lisonjera, será asombro
por su riqueza y sus galas;
trenes, palacios, jardines,
trajes...

CONDE. Cariño...

JULIAN. Preciadas
joyas!..

CONDE. Y amor.

JULIAN. Y amor! Sí!
y espléndidas fiestas!

CONDE. Gracias!
gracias, Julian. Ah! los padres
vivimos con la esperanza
de ver por siempre dichosos
á nuestros hijos.—Mis lágrimas
enjuga usted y usted vuelve
á mi existencia la calma.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, D. NICOLÁS.

NIC. ¡Ajajá! Unas cuantas frases
de esas de buena crianza,
cuatro apretones de manos
y está la cosa arreglada.

CONDE. Nicolás!

JULIAN. (Ap.) (Qué dice este hombre?)

CONDE. No comprendo tus palabras.

NIC. Así se acuerda un negocio
de la mayor importancia.
Luégo se llama á la novia,

se la dice lo que pasa,
se cambian cuatro regalos,
van á la iglesia, se casan,
y despues que están casados
salga pez ó salga rana.
Muy bonito!

CONDE. Nicolás!

NIC. ¡Muy bonito!

CONDE. Ya se acaba
mi paciencia.

NIC. ¡Voto al diablo!
¿Piensas tú que estoy en Babia?

CONDE. ¿Cómo?

NIC. Y que ignoro la boda?

JULIAN. Explíquese usted.

NIC. (Con ironía.) Caramba!
¿de veras, hombre, de veras?
pues creo que no hace falta:
con decir que están ustedes
á cien leguas de distancia
en edad y en aficiones
está la cosa explicada.

JULIAN. Esa razon es muy nimia.

CONDE. Y ademas de nimia, sandia!

NIC. Conque es nimia?

CONDE. Sí, y absurda!

NIC. Conque absurda? ¡Papanatas!

CONDE. ¿Estás loco?

NIC. Si estoy loco
tú estás tonto.

CONDE. Pero...

NIC. ¡Calla!

CONDE. Tú tienes buen corazon,
pero á veces...

NIC. ¡Qué!

CONDE. Desbarras!

NIC. Conque desbarro? me alegro!
ahora lo verás. ¡Muchacha! (Llamando.)

JULIAN. ¡Oh!

CONDE. ¿Qué vas á hacer?

NIC. (Llamando.) Luisica!
La boda está concertada

con el señor.

CONDE. ¿Quién te ha dicho?...

JULIAN. ¿Y usted de impedirla trata?

NIC. Sí señor.

CONDE. ¿Y quién te mete
en camisa de once varas?

NIC. Me meto yo!

CONDE. Pues me gusta!

NIC. Y qué que te guste?

CONDE. Oh! basta!

NIC. No quiero.

JULIAN. Yo explicaciones
aguardo.

NIC. Basta de cháchara;
no es por usted, me parece
persona digna y honrada;
es por lo otro.

CONDE. ¿Lo otro?
¿y qué es lo otro?

NIC. La mácula.

CONDE. ¿Qué mácula?

NIC. (Viendo que llegan Blanca y Luisa.)
Punto en boca,
oye, mira, observa y calla.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, BLANCA, LUISA, por diferentes puertas.

BLANCA. ¿Llamaba usted?

NIC. Yo te llamo.

LUISA. Y á mí?

NIC. Tambien.

CONDE. Mas....

NIC. Cachaza!

CONDE. ¿Vas á decirla de pronto?...

NIC. ¿Á qué andarse con retahilas?
¿á qué cencerros tapados?
al pan pan y al agua agua.

CONDE. Pero...

NIC. Yo no me ando nunca
con repulgos de empanada.

(Á Blanca.)
Chica, chúpate los dedos
de gusto, que ya te casas!

BLANCA. ¡Ay qué placer! (Reponiéndose.)
¡Qué vergüenza!

NIC. ¡Ángel de Dios! me da lástima!

CONDE. Te has convencido? no ves
que está de gozo que salta?

NIC. Espérate un poco. Sabes
con quién es?

BLANCA. Si lo sé? ¡Vaya!

NIC. Con don Julian.

BLANCA. ¿Cómo? ¿qué?

NIC. Con don Julian!

BLANCA. ¡Vírgen Santa!

NIC. (Al Conde.)
¿Eh? ¿qué tal? ¿qué tal? y ahora
baila la chica ó no baila?

BLANCA. ¡Es broma!

JULIAN. No, señorita,
cierto es que aspiro á tan alta
distincion si usted me juzga
digno de ella.

BLANCA. Yo! yo...

NIC. Habla!

LUISA. No temas, hermana mia,
sé sincera, sí, sé franca.

CONDE. Blanca, para mí este enlace
realiza mis esperanzas.

BLANCA. Papá!

NIC. Franqueza ante todo!

JULIAN. Mi dignidad la reclama;
más, la exige.

NIC. Chica! chica!
eh! pásate por la cara
la mano, ¡quién dijo miedo!
y si don Julian te carga,
y si no quieres casarte
con él, hija mia, basta
que así de un modo indirecto
digas: «No me da la gana.»

BLANCA. (Al Conde.) Yo... sí, tú... si te parece

que debo... si á ti te agrada...

CONDE. Mucho, hija mia.

NIC. Tu padre
toca el violon.

CONDE. Te propasas.

NIC. Mejor!

BLANCA. Tio!

JULIAN. (Á Luisa.) Usted me ha puesto
en esta situacion falsa...

LUISA. Julian!

JULIAN. Que estoy afrontando
porque es preciso afrontarla.

NIC. (Calándose el sombrero.)
Tú sigues erre que erre,
yo machaca que machaca.
(Á Julian.)
Usted tambien está ciego.

JULIAN. Yo tengo la vista clara.

NIC. Pues abur!

BLANCA. Tio!

NIC. Veremos
quién se lleva el gato al agua.

BLANCA. Tio!

NIC. Suelta. (Váse.)

CONDE. Vaya al diablo!
de mis casillas me saca;
ruego á usted que no haga caso...

NIC. (Volviendo.) Y que yo no ando con chanzas;
no me conviene esta boda
y no se ha de hacer. *Nequaquam.*
(Ap.) (Voy á buscar á Miguel
y al mismo tiempo una estaca.) (Váse.)

ESCENA VIII.

LUISA, el CONDE, JULIAN, BLANCA.

CONDE. Corrido estoy de vergüenza.
¡Qué modales! ¡qué palabras!

JULIAN. Su carácter le disculpa.

CONDE. No hay disculpa.

BLANCA. El pobre me ama

tanto!...

LUISA. Si en el mundo fueran
todos así!

CONDE. ¡Buena plaga!
sería el mundo insufrible!

JULIAN. Ó más digno de alabanza.

CONDE. Terminemos nuestro asunto,
que es lo de más importancia.
¿Usted insiste en su idea?

JULIAN. Reitero á usted mi demanda.
Blanca dirá.

CONDE. Blanca es mi hija
y sabe que esta alianza
es de mi agrado y es digna
de ella.

BLANCA. Sí, papá.

JULIAN. Gracias!

LUISA. (Ap.) (Oh Dios mio!)

CONDE. Aún nos queda
otra cuestion ménos grata
que tratar.

JULIAN. ¿Cómo? no entiendo.

CONDE. Cuestion de intereses.

JULIAN. Basta.

CONDE. No basta. La suerte adversa
ha hecho que el dote de Blanca
quede á un millon reducido;
pero esta cuestion es larga
y ruego á usted me acompañe
á mi despacho. Lo manda
mi deber, Allí hablaremos.
Hija mia! (Ap.) (Está turbada!)
Vamos!

JULIAN. Señor Conde...

CONDE. Adios,
hija mia.

JULIAN. Luisa! Blanca!...

(Vánse el Conde y Julian. Momentos de silencio. Blanca permanece con la cabeza baja: su rostro va tomando diferente expresion hasta que del dolor pasa al llanto.)

ESCENA IX.

LUISA, BLANCA.

BLANCA. (Gimoteando.) Jí! jí! jí! jí! Luisa!
LUISA. Calma!
BLANCA. Luisa!
LUISA. Hija mia, ¿qué has hecho?
¿por qué has ahogado en tu pecho
los sentimientos de tu alma?
¿Por qué no has dicho á papá
la verdad sencilla y pura?
no ves, pobre criatura
que eres la víctima?
BLANCA. ¡Ah!
LUISA. Ese silencio obstinado
te sacrifica, te inmola;
con una palabra sola
todo se hubiera arreglado.
BLANCA. Yo bien hubiese querido,
pero me infunde un respeto
papá!...
LUISA. Ese es el secreto!
BLANCA. Tuve miedo.
LUISA. ¡Y te has perdido!
BLANCA. No es posible persuádirme
de que dé á Julian mi fe;
¡casarme! me casaré,
pero quisièra morirme.
LUISA. ¡Morirte! ¿has perdido el seso?
El dolor te desvanece.
¿Pues qué, tan mal te parece
Julian?
BLANCA. (Compungida.) Julian! no, no es eso.
LUISA. Es hombre de fe y de honor.
BLANCA. No es que me parezca mal,
es que hay un primo carnal
que me parece mejor.
LUISA. ¡Tu primo! Comprendo bien,
comprendo tu triste anhelo.
BLANCA. Pero me queda un consuelo,

que él se morirá tambien.

LUISA. ¡Pobre Blanca!

BLANCA. Sí, se muere
si yo otro cariño escucho;
que si yo le quiero mucho
yo sé que él tambien me quiere.
Y allí en presencia de Dios
ninguno amarguras pasa,
nadie á disgusto se casa,
y allí... Luisa... allí... los dos...
¡Luisa mia!

LUISA. ¡Blanca mia!

(Rompen las dos á llorar y se abrazan.)

ESCENA X.

LAS MISMAS, ENRIQUE por su cuarto, EL CONDE y JULIAN por el foro izquierda.

CONDE. Julian, ese es mi deseo.

ENR. Estamos de lloriqueo.

CONDE. Eso cumple á mi hidalguía.

LUISA. Enrique!...

BLANCA. (Aturdida.) Dios de bondad.
(Enjugándose los ojos.)

CONDE. (Perplejo.) ¿Qué es esto?

BLANCA, (Á Luisa.) Que no comprenda...

LUISA. (Con energía.)
Esto es que al fin cae la venda.

BLANCA. (Con rapidez al Conde.)
Esto es una necedad.

CONDE. ¿Cómo?

BLANCA. Si, papá, lo dicho.
Mi hermana y yo hemos hablado
de mi boda y he llorado.

CONDE. Que has llorado?

BLANCA. Por capricho,
por la emocion natural.
(Ap. á Luisa.)
Calla ó de vergüenza muero!
(Al Conde.)
Una tontería.

CONDE. Pero...
BLANCA. Pero nada de formal.
ENR. (Á Julian.)
Recibe mi parabien.
(Ap.) (Este casamiento ahora
es mi tabla salvadora.)
NIC. (En la puerta á Miguel.)
No tengas reparo, ven,
conocerás tus parientes. (Saliendo.)
Á la paz de Dios, señores.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, MIGUEL, D. NICOLÁS.

NIC. Miguel, afuera temores,
aquí los tienes presentes.
CONDE. (Abrazando á Miguel.)
Miguel de mi alma!
MIGUEL. Tio.
CONDE. ¡Vamos, ya el veto se ha alzado!
NIC. Como que es un abogado
de padre y muy señor mio.
CONDE. (Á Enrique.)
Tu primo Miguel.
ENR. (Un tanto despreciativo.) ¿Sí, eh?
CONDE. (Á Miguel.)
Mi hijo Enrique.
MIGUEL. (Con una leve inclinacion.) En buen hora.
CONDE. Luisa, su mujer.
MIGUEL. (Saludando.) Señora...
CONDE. Mi hija Blanca.
MIGUEL. (Ap.) (¡Ah! ya lo sé.)
CONDE. (Á Enrique.)
Qué distraido estás hoy!
este es tu primo, hijo mio.
ENR. Sí, sí, el hijo de mi tio.
CONDE. De mi hermano.
ENR. Sí, ya estoy!
Provinciano!
CONDE. La ocasion,
hijo mio, te presento

de que admires el talento,
la virtud y el corazon.

MIGUEL. Tio!

CONDE. Sí, quién lo diria!
estudiando, oscurecido
por dos años ha vivido
con doce reales al dia.

ENR. Digna es de ser alabada
esa conducta ejemplar.

NIC. Mejor es no trabajar,
más cómodo es no ser nada.

CONDE. Miguel, haznos relacion
de tu vida.

NIC. Este es tu padre,
habla como más te cuadre.

MIGUEL. Pues bien.

CONDE. Silencio.

NIC. Atencion
todos.

MIGUEL. Voy á ser muy llano.

NIC. Hablar sin reparo puedes.

MIGUEL. Pues bien: escuchen ustedes
á este pobre provinciano.

CONDE. Ya te escuchamos, sobrino.

MIGUEL. Lleno de inmenso dolor
al dejar á Fuenmayor
lloraba por el camino.
Llegué á Madrid: ¡oh qué lid
tan horrorosa empeñé
cuando ciego me lancé
entre el rumor de Madrid!
Un dia... ¡quizás ya era
presa de mi desvarío!
hallé....
(Tendiendo la mano á su padre.)
¡Pobre padre mio!
metidos en mi cartera
diez mil reales; el papel
que los billetes cubría,
estas palabras tenía:
«para dos años, Miguel.»
Esto me bastó; yo mismo

mi ceguedad conocí,
miré en derredor; me ví
á la orilla de un abismo.
Aún era tiempo! Luché
con arrojo y decision,
la virtud y la razon
me auxiliaron y triunfé.
Á examinar descendí
el mortífero veneno
que se revuelve en el cieno
de la córte, ¡oh! lo que ví!
Ví que perdido el decoro,
el mundo acepta propicio
como rey del alma al vicio
y rey de la vida, al oro.

ENR. (¡Qué sermon! me reconcilia
con mi padre; ¡qué andanada!)

MIGUEL. Despues tendí la mirada
por medio de la familia.
¿Sin norte, sin rumbo fijo,
el padre desventurado,
ve que corre despeñado
á su perdicion el hijo,
que no piensa en los furores
de su bastarda pasion,
que los padres siempre son
nuestros amigos mejores.
Su insensata juventud
en los vicios le mantiene,
cuando ya su padre tiene
cerca el pie del ataud,
¡qué horror!
(Silencio. Todos miran al Conde.)
Abierta la herida
de la vejez sin cesar,
sólo tiene que enjugar
las lágrimas de la vida.
Miéntras el hijo luchando
con su pasion vive ciego,
en la crápula y el juego
sus riquezas devorando,
hasta que al fin de la orgía,

vencido en la impura lid,
corre, enseñando á Madrid
la calva frente vacía:
cuando reflexiona, ¡oh!
ve el mancebo sin consejo,
(Mirando á Enrique.)
que él á treinta años ya es viejo,
(Mirando al Conde.)
su padre á sesenta aún no. (Rumores.)
Pues á tan duros extremos
se me ha obligado á llegar,
¡oh! dejadme terminar,
que todos nos entendemos.
Perdido; no hay ruin accion
para él, á todo se allana,
y en el llanto de su hermana
encuentra su salvacion.

NIC. ¡Eso! así me gusta! así!
que hables gordo y sin empacho,
eso que dice el muchacho (Á Enrique.)
lo está diciendo por tí.
(Movimiento general.)

ENR. ¡Oh!

LUISA. ¡Dios mio!

CONDE. ¡Nicolás!

JULIAN. Reflexione...

NIC. No reparo!

ENR. Pero...

NIC. Yo soy canta claro,
por tí lo dice, no hay más. (Al Conde.)
Es lo cierto, señor Conde,
aunque terrible y cruel,
de lo que ha dicho Miguel
aquí su padre responde.
Sí señor; su lengua franca
muy claramente lo explica,
quedó pobre, Blanca es rica,
y quiere el dote de Blanca.
El dote! el dote! lo sé;
por eso su mano da
á Julian, que pagará
sus deudas, no sé por qué.

¡Ellos se entienden! la broma
de mis casillas me saca,
que hay aquí un toma y un daca,
y hay aquí un daca y un toma,
que nadie entiende este lio,
y si los quieren unir,
los tontos nos han de oir,
que soy un tio, muy tio!

ENR. (Lanzándose á Nicolás.)
¡Oh! no puedo sufrir más!

CONDE. (Deteniéndole.) Enrique!

ENR. ¡Padre!

CONDE. (Cogiéndole de un brazo.) ¡Detente!
(Ap.) (Dime que miente! ¡que miente!)

ENR. (Cubriéndose el rostro con las manos, y cayendo en un sillon.)
¡Ah!

CONDE. (Con dolor.) ¡Infeliz!
(Con calma.) Nicolás,
acaso tu buen deseo
te alucina... acaso...

NIC. Pues!

CONDE. Te engañas.

NIC. ¿Yo? No le ves?
qué contesta?

CONDE. No lo creo.
(Ap.) (¡Oh! ¡cuánto sufro, Dios mio!)
(Alto.) Más Julian nos lo dirá:
Julian, hable usted!

JULIAN. Yo! ah!

LUISA. (Adelantándose.)
No es cierto, no, yo lo fio.

NIC. ¿Cómo? ¿qué? ¿qué dices tú?

LUISA. Es imposible que pueda
suceder.

NIC. Otra te queda!

LUISA. Ninguna!

NIC. No hagas el *bú*:
lo sabes mejor que yo,
y tú me lo has dicho ahora.

LUISA. (Llorando.)
Oh, Dios mio!

JULIAN. (Ap.) ¡Llora!
NIC. ¡Llora!
¿por qué has de decir que no?
Mas si tu lengua se atranca
yo descubriré el pastel.
CONDE. ¿Qué?
NIC. Blanca quiere á Miguel.
JULIAN. ¿Cómo?
NIC. Y Miguel quiere á Blanca.
CONDE. Pero eso que dices ¡ah!
eso es verdad? quién diria!...
respóndeme, Blanca mia,
no me ha engañado?
BLANCA. (Bajando los ojos ruborizada.)
¡Papá!
CONDE. Pero no te dije?...
BLANCA. Sí.
CONDE. Que me habláras con franqueza?
BLANCA. No me atreví.
NIC. ¡Qué simpleza!
LUISA. ¡Es verdad!
BLANCA. No me atreví!
CONDE. Eso tu desdicha labra;
cuando una palabra doy
no me retracto, yo soy
esclavo de mi palabra.
(Á Julian.) Disponga usted de su mano.
JULIAN. Me precio de caballero,
Blanca ama á otro y no quiero
ser un verdugo, un tirano.
ENR. (Ap.) Estoy perdido!
NIC. Yo brinco
de gozo, ¡voto á mi nombre!
don Julian, usté es un hombre,
eche usted acá esos cinco!
JULIAN. Don Nicolás!
CONDE. ¡Hija mia!
NIC. Á casarse, en plata, en plata!
CONDE. Si el regocijo me mata!
si me mata la alegría!
¡Miguel!
(Reparando en Enrique.)

¡Oh!

NIC. Déjale en paz
y tratemos de la boda.

CONDE. Pero...

NIC. Que no me acomoda!
mira que soy montaraz:
déjale, la cosa es llana;
oh qué placer, vive Dios!
hoy vamos á echar los dos
la casa por la ventana.
Hasta esos pavos dorados
que he visto hemos de comer,
tambien hemos de beber
esos vinos revesados
que nunca entendí, ni quiero.
Margaux, Lafites, Sauternes,
muy campechanos, muy ternes
nos apipamos, ¡salero!
Conque jaleo! alegría,
y no hay que volverse atrás.
Adios.

CONDE. Pero adónde vas?

NIC. Adónde? á la Vicaría!
(Á Miguel.)
Chico, dame un apreton,
ya no hay quien tu gusto tuerza,
han entrado por la fuerza. (Váse corriendo.)

MIGUEL. No, padre, por la razon.

CONDE. ¡Qué alegre va!... mientras yo...
(Mirando á Enrique.)
déjenme ustedes.

LUISA. ¿Por qué?

CONDE. Quiero hablarle.

BLANCA. ¿Para qué?

CONDE. Es indispensable!

LUISA. No.
Recuerde usted lo que el tío
le dijo, hoy no hay más aquí
que placer!

CONDE. ¡Placer! ah! sí!
(Á Blanca y Miguel.)
ven, hija mia ¡hijo mio!

(Los abraza.)

JULIAN. (Ap. á Luisa.)
Quiero quedarme con él
á solas, Luisa.

LUISA. Julian!

JULIAN. Sáquelos usted!

LUISA. (Ap.) (Qué afan!)
(Alto.) Ven, Blanca, papá, Miguel!
(Éntranse en el aposento del Conde.)

ESCENA XII.

JULIAN, ENRIQUE.

JULIAN. Enrique!

ENR. (Abatido.) ¡Infeliz de mí!

JULIAN. Testigo has sido de todo,
no puedo obrar de otro modo,
no debo, ¿no es cierto? dí?
Sin que mi honra me arguya
cómo la llevo al altar?
¿cómo puedo reclamar
un alma que ya no es suya?

ENR. Julian!

JULIAN. ¿No tengo razon?

ENR. (Levantándose.)
Yo sólo sé que irritado
el infierno ha desatado
su furia en mi corazon.
Quiero morir.

JULIAN. ¿Y por qué?

ENR. ¡Cuánto me halaga esta idea!

JULIAN. Quieres que tu hermana sea
desgraciada?

ENR. No lo sé.

JULIAN. No lo sabes? No comprendo...

ENR. Salvarme ya no es posible;
en qué abismo tan horrible
he caido! (Queda abatido.)

JULIAN. Lo estoy viendo!
(Ap.) (Oh! ¿quién es este hombre? qu ién?
bien merecido lo tiene;

sí, más mi amor no se aviene
á que ella sufra tambien:
llevar no puedo el consuelo
á su alma entristecida.
¡Oh! debe haber otra vida
ó no hay justicia en el cielo!
Haré un esfuerzo! el postrero...)
(Á Enrique.)
Si yo me hubiese casado
Blanca te hubiera pagado
tus deudas.

ENR. ¡Oh!

JULIAN. ¿Qué dinero
necesitas?

ENR. Julian ..

JULIAN. Dí,
sepamos en conclusion.

ENR. Julian, si debo un millon!

JULIAN. El dote de Blanca?

ENR. Sí.

JULIAN. (Ap.) (¡Oh! su desgracia me abruma.)
(Alto.) Yo no tengo en numerario
tal suma.

ENR. Y es necesario
pagar hoy mismo esa suma.

JULIAN. ¿Hoy mismo?

ENR. Hoy mismo.

JULIAN. Ofreciendo
una fianza!...

ENR. ¡Imposible!

JULIAN. (Ap.) (Algo pasa aquí terrible,
fatal! lo estoy presintiendo!)
(Alto.) Vamos! habla pronto! dí.

ENR. Con desatinado afan...

JULIAN. Acaba!

ENR. Anoche, Julian,
jugué mi honra y la perdí.

JULIAN. Tu honra!

ENR. Hay quien la reclame!

JULIAN. ¿Qué has hecho?

ENR. He falsificado
una firma!

JULIAN. (Con explosion.) ¡Desdichado!
Enrique! eres un infame!
(Con arrebato y dolor y olvidándose de la presencia de Enrique.)
Y para esto se casó!
Luisa! Luisa! ¡Tal exceso
de infamia! Dios mio! eso
no lo puedo sufrir yo! (Cae en un sillon.)

ENR. (Levantándose y con sorpreea.)
¿Qué dices?

JULIAN. Cómo?

ENR. Al oir
tus palabras...

JULIAN. ¿Qué has creido?

ENR. ¡Ah! todo lo he comprendido!
Tú la amas!

JULIAN. (Con serenidad.) No sé mentir.

ENR. ¡No sabes! ¡oh! ni lo intentes!
¡Tú! tú! me ciega la ira!
¡me has deshonrado!

JULIAN. Mentira!

ENR. Mentira!

JULIAN. Sí! mientes! mientes!
Aquí no hay más deshonor,
ni otra injuria ni otra afrenta,
que la torpe con que alienta
un vil falsificador.

ENR. ¡Oh Dios mio!

JULIAN. ¡Calma! ¡calma!
todo lo vas á saber,
y aprende en mí á contener
los sentimientos del alma.
Cuando el fuego de la edad
en mi corazon brotó,
mi corazon se prendó
de una hechicera beldad.
Yo la pinté de amor ciego
de mi pasion el martirio,
y al amarla con delirio
ella me quiso... por juego.
Al verla altanera y fria
con mi vanidad luchaba,

iba á romper... la miraba,
la miraba; y no podía!
¡tan inmenso mi amor era!
más de fingir se cansó,
tú eras rico, pobre yo,
hizo lo que hace cualquiera.
Despues cinco años pasaron!
¡qué venturosos vivieron!
de Madrid asombro fueron!
¡con qué esplendor se arruinaron!
Tornóse egoista y frio
él, desconsolóse ella,
tras de la primer querella
vino el llanto y el hastío,
y despues la soledad!
Cuando conoció su error,
encontró muerto un amor,
pero viva una amistad.

ENR. ¡Amistad!

JULIAN. ¡De ella! Entre tanto,
yo á vuestro lado me hallaba,
vuestra conducta observaba
con asombro, con espanto,
desesperado de amor,
más la razon me decia
calla y sufre tu agonía,
tienes que salvar su honor.
Del afan que alienta en tí
es necesario triunfar,
decidido entré á luchar,
¡ruda lucha! más vencí.

ENR. ¡Cómo! si tienes amor!

JULIAN. La victoria es más gloriosa:
¿hay fuerza más poderosa
que la fuerza del honor?
La viciosa multitud
no entiende tal sacrificio;
¿cómo es posible que el vicio
sepa lo que es la virtud?
Siempre la honra me guió,
y á tu esposa su deber;
esa ha sido tu mujer

ese Enrique, he sido yo!
Ahora, si haciendo obstinado
de un necio ardimiento gala,
quieres que vengue una bala
un honor nunca ultrajado,
y esa es la satisfaccion
que calma tus ánsias fieras;
te servirá cuando quieras
de blanco mi corazon. (Váse.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE.

¡Cinco años! ¡es verdad!
cinco años y siempre en lucha!
su virtud ha sido mucha,
(Con sarcasmo.)
y mucha mi necedad!
Por vez primera en mi vida
siento que me ahoga el despecho,
¿cómo no he visto en su pecho
la oculta llama encendida?
Tras esa fingida calma
no he podido verlo todo?
no; que quien vive en el lodo
no halla luz que alumbre su alma!
Jamás en mi frenesí
y en mi orgullo torpe y necio,
sentí por nadie el desprecio
que estoy sintiendo por mí.
Él, ¡oh, ceguedad funesta!
todas mis deudas pagaba!
¡y á este precio me prestaba!
¡oh qué horrible usura es esta!
Más cómo le pido airado
con ridículo heroismo,
cuentas de un honor que él mismo
tantas veces me ha salvado!
¿Ni cómo, cómo me vengo
de una sospechada afrenta,
ni cómo le pido cuenta

de un honor que ya no tengo!
Oh! no, no es posible ya
sufrir más! Ella perjura!
el traidor! Esta tortura
quiere un fin... y lo tendrá.
(Saca de un armario una caja de pistolas, la pone sobre la mesa, la abre y saca una pistola.)

ESCENA XIV.

ENRIQUE, LUISA.

ENR. (Ap.) (¡Luisa!)
LUISA. (Observándole.) ¿Qué misterio esconde
tu semblante? ¿en tí qué noto?
es porque la union se ha roto
de Blanca y Julian? responde.
ENR. Tú te alegras?
LUISA. Sí.
ENR. Lo veo.
LUISA. Es muy natural.
ENR. Sé franca,
te alegras mucho por Blanca.
LUISA. ¡Pobre niña!
ENR. Ya lo creo!
LUISA. ¡Ah! ¿por qué me hablas así!
estás trémulo, turbado,
¿es porque habías contado
con Julian?
ENR. Por eso; sí.
LUISA. Pues abre al placer tu pecho
y á la risueña esperanza,
lo que la ambicion no alcanza,
Enrique, mi amor lo ha hecho.
ENR. ¿Tu amor?
LUISA. El mio.
ENR. Favor
debe ser que no merezco,
mas ya que te lo agradezco
dime lo que ha hecho tu amor.
LUISA. (Dándole unos billetes de banco.)
Toma.

ENR. ¿Esos billetes?
LUISA. Sí;
sal por ahora de apuros?
ENR. ¿Y cuánto?
LUISA. Cuatro mil duros.
ENR. ¿Y para mí?
LUISA. Para tí.
ENR. ¿Y cómo en tu mano están?
LUISA. Yo decírtelo prometo.
ENR. ¿Es secreto?
LUISA. No es secreto.
ENR. ¿Te los ha dado Julian?
LUISA. Julian? no.
ENR. Bien puede ser.
LUISA. ¿Por qué? deja que me asombre.
ENR. Como es nuestro amigo...
LUISA. Á un hombre
nunca pide una mujer.
Son mios; de nadie ultrajes
sufras; toma este dinero,
es tuyo; ¿para qué quiero
joyas, ni blondas, ni encajes?
ENR. Luisa!
LUISA. Todo lo he vendido,
pide plazos, da esto á cuenta;
feliz yo si de la afrenta
salvar logro á mi marido.
ENR. (Con sarcasmo.)
De la afrenta?
LUISA. Sí.
ENR. ¡Qué afan!
LUISA. ¿Qué?
ENR. Y con esto hay bastante
para pagar á tu amante?
LUISA. ¿Cómo?
ENR. Á mi amigo! á Julian?
LUISA. ¡Enrique!
ENR. ¿Qué te enagena?
LUISA. (Llorando.) ¡Ay!
ENR. ¿Lloras?
LUISA. (Irguiéndose.) ¡Qué he de llorar!
lo que hago, Enrique, es alzar

la frente altiva y serena.
Lo que hago es ver tus sonrojos
al injuriarme de muerte,
y mirarte de esta suerte
y hacerte bajar los ojos.

ENR. (Viendo salir al Conde, Blanca y Miguel.)
Mi padre! Cállese usted!

ESCENA XV.

ENRIQUE, LUISA, el CONDE, BLANCA, MIGUEL.

CONDE. (Hablando con Miguel y Blanca.)
Hijos, por vosotros cedo;
no he de amargar vuestra dicha
con tan odioso recuerdo.
(Á Enrique.)
Enrique, todo lo olvido,
hoy es un dia muy bello,
tu hermana se casa...

ENR. Padre!

CONDE. Miguel de su mano es dueño.
(Reparando en la turbacion de los dos.)
¿Pero qué es lo que os sucede?
estais agitados, trémulos.

ENR. Nada!

LUISA. Nada!

CONDE. Luisa! Enrique!
hijos! qué es esto? qué es esto?
(D. Nicolás sale furioso por el fondo.)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, D. NICOLÁS.

NIC. ¡Miguel! Miguel!

CONDE. Nicolás!

NIC. Pronto! la capa, el sombrero,
la maleta.

CONDE. ¿Qué sucede?

NIC. Á Fuenmayor al momento.

CONDE. Pero hermano!

NIC. No hay hermano!
BLANCA. Tio!
NIC. No hay tio!
CONDE. ¿Qué es ello?
NIC. Que no hay boda.
TODOS. ¿Cómo?
NIC. No,
aquí esta noche no duermo.
MIGUEL. Pero padre!
BLANCA. Pero tio!
NIC. Vamos, que se pasa el tiempo.
CONDE. Abusas de mi paciencia.
NIC. (Jugador!) (Ap. al Conde.)
CONDE. ¿Cómo?
NIC. (Ap.) (Fullero!)
CONDE. ¿Qué dices? pero qué dices?
NIC. (Ap.) (Te parece que está bueno
que derroches tu fortuna
en garitos y en jaleos?
Yo lo he visto.)
CONDE. ¿Tú lo has visto?
explícate por el cielo!
NIC. Aquí hay poca explicacion.
Cuando bajé dos sujetos
estaban dale que dale
hablando con el portero;
oigo tu nombre, me paro;
ellos hablan con misterio
y llegan á mis oidos
no sé qué cosas de juego,
ruletas y pagarés
y deudas; armo un tiberio
de cuatrocientos demonios,
pero me enseñan un pliego
con tu firma, un pagaré...
CONDE. ¿Cómo?
NIC. De treinta mil pesos,
y despues otro...
CONDE. ¿Qué dices?
NIC. Diez y seis mil de otros préstamos.
CONDE. Esos pagarés son falsos.
NIC. ¿Sí? cuéntaselo á tu abuelo!

CONDE. ¿Y quién se ha atrevido?... ¡Enrique!
ENR. ¡Padre!
CONDE. ¡Tú! tú!
ENR. ¡Oh Dios!...
CONDE. No puedo!
no puedo! me ahogo!
(Cae en un sillon. Todos acuden.)
NIC. ¡Chico!
LUISA y BLANCA. Papá!
CONDE. (Irguiéndose con energía.)
¡Silencio! silencio!
(Á Enrique, pausadamente.)
Usted sin duda ha creido,
porque hijo mio ha nacido,
que tan indigna vileza
encubrirá esa nobleza
que jamás ha merecido.
Á toda virtud extraño,
usted con crímen ó engaño
manchando está la honra mia!
¡una vergüenza por año!
¡una deshonra por dia!
Si débil con usted fuí
y ha fiado usted en mí,
en mi afecto paternal,
le ciega su frenesí,
ha fiado usted muy mal.
Yo no lanzo mi opinion
al oprobio y al baldon;
mis títulos de Castilla
no son para el que mancilla
mi noble escudo y blason.
Los afectos paternales
tienen límites fatales,
y si las faltas redimen
de los hijos, para el crímen
no hay más que los tribunales!
ENR. ¡Padre!
CONDE. ¡Cuán digna es su suerte!
ENR. ¡Padre! ¡padre!
CONDE. Yo la envidio!
de la ley el brazo fuerte

le lleva á usted á un presidio!

ENR. ¡Ah! no! la muerte! la muerte!

(Mira á la mesa donde está abierta la caja de pistolas.)

Si á la deshonra fuí ciego
por la pasion que me abrasa,
mi triste vida la entrego,
que el honor de nuestra casa
no ha de perderse en el juego.

(Toma una pistola, Luisa y Miguel se la arrebatan de las manos.)

MIGUEL. ¡Ah!

LUISA. Enrique!

ENR. Dejadme! ¡oh!

CONDE. ¡Cobarde! no se atrevió!
pues bien, desde hoy llevarás
mi maldi...

BLANCA. (Tapando la boca al Conde.)
¡Padre! no! no!

CONDE. (Cayendo desplomado en los brazos de Blanca, Nicolás y Miguel, que le rodean.)
¡Dios mio! no puedo más!

(Luisa procura amparar á Enrique de la maldicion de su padre cubriéndole con su cuerpo. Enrique queda abismado. Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. NICOLÁS, cruzado de brazos en actitud reflexiva.

No lo entiendo, no señor;
repito que no lo entiendo;
vivir luchando y mintiendo
sin conciencia y sin honor
no es vida! ¡qué lo ha de ser!
no hay nadie que la soporte.
¡Válgame Dios y qué córte!
¡qué córte de Lucifer!
Aquí los altos y bajos,
por caminar viento en popa,
llevan entera la ropa
y la conciencia en andrajos.
Nadie á su afan pone coto,
cada rostro es una máscara;
¡qué limpia y tersa la cáscara
y el centro, qué sucio y roto!
Pero cómo la razon
no vence tanta flaqueza?
¿es por falta de cabeza
ó por sobra de ambicion?

Y hace que en mí idea insista
lo que en esta casa pasa;
digo, creo que esta casa
mirada á primera vista
es un cielo despejado;
pues no señor, yo respondo
que el que en ella mire el fondo
verá un infierno abreviado!

ESCENA II.

D. NICOLÁS, JULIAN.

JULIAN. Don Nicolás.
NIC. ¿Es usted?
me alegro mucho.
JULIAN. He venido
porque el Conde lo ha exigido.
NIC. Estoy al cabo. La red
se ha enmarañado de un modo
que hay que cortar por lo sano,
yo quiero mucho á mi hermano
y voy á saltar por todo.
Ya verán!
JULIAN. Tenga usted calma.
NIC. ¡Cómo! si no estoy en mí!
JULIAN. ¿Y Enrique?
NIC. Enfermo de aquí. (De la razon.)
JULIAN. ¿Y Luisa?
NIC. Enferma del alma!
JULIAN. ¡Oh!
NIC. La cosa es más que horrible;
mi hermano es loco de atar,
se ha empeñado en no pagar.
JULIAN. ¿No pagar? ¿Cómo es posible?
NIC. Y tan posible!
JULIAN. ¿Qué intenta?
NIC. Aguardar á que el reló
dé las tres; negarse...
JULIAN. Oh!
NIC. Y no pagar.
JULIAN. ¿Y la afrenta

de su hijo?

NIC. (Encogiéndose de hombros.) ¡Precisamente!

JULIAN. Pero eso es perder el juicio!

NIC. Eso es ir al precipicio...

JULIAN. Al deshonor.

NIC. Justamente.

JULIAN. Dará una razon que explique...

NIC. De pie de banco.

JULIAN. ¡Oh!

NIC. Sí tal;
¿pues no dice muy formal
que nada le liga á Enrique?
que ya no es su hijo! ¿Y el lazo
con que en el alma está fijo!
¡que no es su hijo! para un hijo,
el que no es padre, es padrazo!
Cierto que ese hijo á cualquiera
pone los huesos maduros.

JULIAN. Son cuarenta y seis mil duros
los que debe.

NIC. Una friolera!

JULIAN. ¡Un millon!

NIC. Ni el pozo airon
traga más que ese endiablado
de chico: ¿y en qué ha gastado
ese muchacho un millon?
Por mucho que se derroche...

JULIAN. En Madrid, don Nicolás,
no digo esa suma, más
se gasta en sólo una noche.

NIC. ¿Y cómo? ¡Estoy asombrado!
y por más que considero...

JULIAN. No es gastado ese dinero,
don Nicolás, es robado
casi todo.

NIC. ¡Otra que tal!
de escuchar á usted me asusto.
¿Y ha de pagarlo?

JULIAN. No es justo.

NIC. Entónces...

JULIAN. Pero es legal.

NIC. Yo confieso mi impericia;

pero no atino, en verdad,
cómo la legalidad
no hermana con la justicia.

JULIAN. Su deuda reconoció
en un escrito.

NIC. ¡Maldito!

JULIAN. En presentando el escrito...

NIC. ¿Ya no hay remedio.?

JULIAN. Ya no.
No extrañe que así suceda;
un solemne juramento
puede llevárselo el viento,
y lo escrito, escrito queda.

NIC. Ó yo estoy de seso falto
ó encuentro el mundo perdido!
¿Y quién la culpa ha tenido
del robo?

JULIAN. El pego y el salto.

NIC. (Estupefacto.)
Que usted se explique le ruego,
eso es griego para mí.

JULIAN. Conque que le explique?...

NIC. Sí!
¿qué es el salto? ¿qué es el pego?

JULIAN. El salto, don Nicolás,
es la rapidez bastante
para colocar delante
la carta que está detrás.

NIC. ¿Y el pego?

JULIAN. Es trampa muy bella.
Hacer que una carta dada
vaya sin verse pegada
á la que hay delante de ella.

NIC. Así se roba, ¡qué horror!
en la coronada villa;
¿pues y esa gente amarilla?
¿y el señor gobernador?
consiente que á troche y moche
desplumen...

JULIAN. ¿Qué ha de hacer? nada!
no puede ser allanada
ninguna casa de noche.

¡Juegan de noche!

NIC. Es verdad;
pero si va á tiro hecho!

JULIAN. Es un derecho.

NIC. ¿Derecho?
es una barbaridad!

JULIAN. Derechos individuales
que á la autoridad detienen.

NIC. Pero desde cuándo tienen
derechos los criminales?
Es decir que si un ladron
entra de noche en mi alcoba
y cuanto tengo me roba,
se mete en su gazapon
y no hay juez ni autoridad
que persiga su delito?

JULIAN. No señor.

NIC. Pues lo repito:
es una barbaridad.
¡Que así la justicia tuerza
la ley! ¡que ampare el abuso!
¿Sí? pues bien, yo pondré en uso
mi ley.

JULIAN. ¿Cuál?

NIC. La de la fuerza!
¿Piensa usted que soy tan bobo?
que de tal modo me allano?
no, la herencia de mi hermano
no se pierde por un robo.
Y pues que tanta aficion
San Torcaz al salto tiene,
verá usted, Julian, si viene
cual salta por el balcon.
Y si tambien cuando juega
usa del pego el ardid,
no sabe que hay en Madrid
un tio que tambien pega.
Y de todo este belen,
del juego, el pego, y el salto,
por ver quién salta más alto
veremos quién pega á quién. (Váse.)

ESCENA III.

JULIAN, despues el CONDE.

JULIAN. (Solo.) Tiene este hombre un corazon
que no le cabe en el pecho,
pero ignora que el derecho
de la fuerza, es la razon.
CONDE. Julian! (Dándole la mano.)
JULIAN. (Tomándola.) ¡Qué desmejorado!
CONDE. Mi deseo ha complacido.
JULIAN. Aquí no hubiera venido
á no haberme usted llamado.
Yo no debia volver.
CONDE. Todo lo sé.
JULIAN. Una imprudencia
reveló de mi existencia
el eterno padecer;
y Enrique dudó de mí,
Dios le perdone el insulto.
CONDE. Quede este secreto oculto,
para eso le llamo.
JULIAN. Sí.
CONDE. Y para otra cosa.
JULIAN. ¿El qué?
mándeme usted.
CONDE. Mandar! no;
para que sepa que yo
nunca he dudado de usté.
La voz de la juventud
el hombre honrado no escucha;
lucha, sí, pero en la lucha
siempre triunfa la virtud.
Ejemplo raro es á fe
y digno de alto renombre,
más si en la tierra hay un hombre,
Julian, ese hombre es usté.
JULIAN. ¡Ah señor Conde!
CONDE. Este anciano
le ha llamado á usted sin miedo,
seguro estoy de que puedo,

Julian, tenderle mi mano.

JULIAN. ¡Oh! sí señor! mis dolores
he ahogado en mi corazon,
me sacrifico.

CONDE. Esos son
siempre, Julian, los mejores.
Esta mano me es bastante;
pero demos á esto punto
y pasemos á otro asunto
para mí muy importante.
Ruego á usted sea veraz
aunque el alma me destroce

JULIAN. Siempre lo fuí.

CONDE. ¿Usted conoce
al señor de San Torcaz?

JULIAN. De él no puedo hablar con calma,
su villanía es notoria,
forma parte de esa escoria
del mundo que asfixia el alma.

CONDE. De modo que hoy á las tres
en punto vendrá ese hombre,
ó algun agente en su nombre
á cobrar los pagarés?

JULIAN. Su corazon es de fiera:
ayer lleno de quebranto
le pedí, casi con llanto,
que un plazo me concediera,
que de todo respondía,
pero él contestó á mi ruego
diciendo: «Deudas del juego
se pagan al otro dia.»

CONDE. Bien está.

JULIAN. (Ap.) (No sé qué tiene
su calma de aterradora.)

CONDE. Tranquilo espero la hora;
ya sé lo que hacer conviene.

ULIAN. Lo que conviene es probado.

CONDE. Usted lo sabe!

JULIAN. Sí á fe,
recobrar el pagaré.

CONDE. ¡Pagar! Si es falsificado!
¡Jamás!

JULIAN. Eso haría yo
en una cuestion tan seria.
CONDE. Y dejar en la miseria
á mi hija? nunca!
JULIAN. ¡Oh!
CONDE. Cómo, yo! yo! el Presidente
del Supremo Tribunal,
doy amparo al criminal
y castigo al inocente?
Jamás! jamás!
ULIAN. El honor!...
CONDE. Honor! ¿qué honra ha de tener
el que falta á su deber
á sabiendas?
JULIAN. ¡Ah señor!
señor! piense usted en ello.
CONDE. ¿Qué honor reclamarme puede
la sociedad? Dios concede
á cada cual un destello,
un rayo eterno, inmortal
de su inteligencia santa;
el que endereza su planta
por el camino del mal,
es el solo responsable.
JULIAN. Pero usted á Enrique ha dado
el ser.
CONDE. Yo no le he engendrado
para ser un miserable.
(Con creciente exaltacion.)
No! no, Julian, basta ya
de compasion torpe y necia;
quien á su padre desprecia
y le deshonra, no está
dentro de la ley bendita
del amor tierno y sensible,
está dentro del terrible
fallo de la ley escrita.
Él caerá sobre su frente,
á ello el deber me condena.
JULIAN. Señor!
CONDE. Sufrirá la pena!
no es mi hijo, es un delincuente!

JULIAN. ¡Oh! (Tapándose el rostro.)
(El Conde pasea una mirada vaga por uno y otro lado, despues se lleva la mano al pecho y se deja caer en el sillon.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, BLANCA.

BLANCA. (Desde la puerta, en voz baja.)
Julian!
JULIAN. ¡Ah! Blanca! Usted sola
mitigará el desvarío
de su padre!
BLANCA. ¡Padre mio!
JULIAN. Usted, que á su bien se inmola,
ángel hermoso de paz,
logrará cuanto le cuadre!
BLANCA. ¡Ay!
JULIAN. Hable usted á su padre!
(Ap.) (Vuelvo á ver á San Torcaz.) (Váse.)

ESCENA V.

BLANCA, el CONDE.

BLANCA. (Acercándose tímidamente.)
Papá! papá! papaito!
¿á qué esos fieros enojos?
vuelve á tu Blanca los ojos;
ya sabes que necesito
verme en ellos cada dia,
porque tu amor me ha enseñado
á ver en ellos grabado
el amor del alma mia.
No creas que hay en el mundo
nada que borre el encanto,
de este sentimiento santo,
de este cariño profundo
que por aumentar te afanas,
mi alma sólo necesita
de tu presencia bendita,

tus arrugas y tus canas:
son mi gloria, mi embeleso,
y cuando estás enfadado,
para quitarte el enfado
las acaricio y las beso.

CONDE. ¡Blanca! te inspira tu madre!

BLANCA. Este es un remedio fijo.
Siempre á los besos de un hijo
despierta el alma de un padre!

CONDE. ¡Ay! comprendo tu poder,
¡gran Dios!

BLANCA. Esto te lo he dicho
no por un mero capricho,
sino para hacerte ver
que puedo sin violencia
romper la boda acordada
con mi primo, y que... que nada
me importa. (Ap.) (¡Dios de clemencia!)
(Alto.) Yo soy pobre! ¡él rico! á tí
todo esto te desconsuela
y tu orgullo se revela;
lo mismo me pasa á mí.

CONDE. ¡Tú pobre! ¡no! te han mentido;
tu enlace está ya acordado,
y hoy mismo será entregado
al que va á ser tu marido
tu dote... ¡un millon! ¡ah! más
entregué á tu hermano! ¡el doble!
pero tú eres buena y noble
y tú me perdonarás.
Yo he sido sin duda alguna
la causa de ese perjuicio.

BLANCA. ¡Papá!

CONDE. ¡Te ha robado el vicio
la mitad de tu fortuna! (Pausa.)

BLANCA. Tú que eres todo un doctor
y un magistrado severo,
dí, papá, ¿cuánto dinero
puede valer el honor,
la conciencia de los buenos?

CONDE. ¿Qué dices? ¿Estás en tí?
¡el honor!

BLANCA. Dímelo; así
sobre poco más ó ménos.
CONDE. Esa prenda, que es consuelo
del hombre en su afan profundo,
no tiene precio en el mundo,
hay que buscarle en el cielo;
es un sentimiento santo.
BLANCA. Entónces, por qué razon
has tasado en un millon
ese honor que vale tanto!
CONDE. Blanca!
BLANCA. No me lo dirás!
CONDE. ¡Ah Blanca!
BLANCA. Yo te lo fio!
CONDE. ¿Y tu porvenir, Dios mio!
BLANCA. Pues si el honor vale más.
CONDE. No hay un ángel que te iguale.
¿Y tu esperanza? y tu amor?
BLANCA. Si vale más el honor,
papá, si es lo que más vale.
CONDE. ¿No he de dar castigo yo
á su criminal exceso?
BLANCA. Es tu hijo!
CONDE. Pues por eso!
BLANCA. Pues bien, pues por eso no.
CONDE. ¡Ah! ¿qué dices?
BLANCA. No me engaño:
¡cómo le has de castigar!
¡cómo quieres comparar
á un hijo con un extraño!
CONDE. Las prescripciones legales...
BLANCA. Serán grandes, asombrosas,
pero están en ciertas cosas
muy bajos los tribunales.
(El Conde la mira con asombro.)
No, papá mio, eso no!
tú eres muy bueno; lo eres,
dame un beso, y si me quieres
haz lo que te digo yo.
Rescata con mi dinero
ese honor que en riesgo está:
era mio, ¿que más da?

ya no, ¿para qué le quiero?
despues... despues... en seguida
todos nos vamos de aquí
á vivir juntos... ah! sí!
los cuatro! ¡qué dulce vida!
Esta casa me da hastío;
contigo un pueblo prefiero,
y allí verás si te quiero,
pobre viejecito mio!

CONDE. Hija mia, triunfas!

BLANCA. ¡Oh!

CONDE. Con tu dote pagaré.

BLANCA. ¡Ah, gracias!

CONDE. Le salvaré.
pero perdonarle no.

BLANCA. Tambien le perdonarás.

CONDE. No lo creas.

BLANCA. Yo lo quiero.

CONDE. No lo esperes.

BLANCA. Sí lo espero.

CONDE. Yo volverle á ver, jamás!
(Se dirige á un escritorio y se pone á escribir.)

ESCENA VI.

El CONDE escribiendo. BLANCA, poco despues NICOLÁS.

BLANCA. (Ap.) (Que no le vuelves á ver?
que no? que no? ya veremos!)

NIC. (Saliendo.)
Perico. ¡Hola! Blanca!

BLANCA. Tio...

NIC. ¿Qué es lo que hace?

BLANCA. Está escribiendo.

NIC. Á quién?

BLANCA. No sé.

CONDE. (Que ha cerrado un pliego. Llamando.)
Juan.

JUAN. (Saliendo.) Señor.

CONDE. Lleva ahora mismo este pliego
al ministerio.

NIC. Perico,
qué mandas al ministerio?
CONDE. Mi dimision.
NIC. Cómo?
CONDE. Sí,
en conciencia yo no puedo
presidir el Tribunal
de Justicia cuando tengo
que librar de sus rigores
á un criminal.
NIC. Muy bien hecho;
es decir que has decidido
pagar?
CONDE. Sí.
NIC. Mucho me alegro,
¡ay Jesús! se me ha quitado
de encima del alma un peso!...
CONDE. Pago, y me marcho con Blanca
fuera de Madrid á un pueblo.
NIC. Á Fuenmayor.
CONDE. No.
NIC. ¿Pues dónde?
CONDE. No lo sé.
NIC. ¿Que no? Bien: pero...
como los chicos se casan...
BLANCA. Ya no es posible.
NIC. ¿Qué es esto?
¿no os casais?
BLANCA. Ya no.
NIC. ¿Por qué?
BLANCA. Hay razones...
NIC. No las veo.
CONDE. Las circunstanciaas varían,
hoy no es lo mismo.
NIC. ¿No? Pedro,
mira bien lo que te dices,
que nos estás ofendiendo.
Paga! paga enhorabuena!
es tu hijo y debes hacerlo;
pero qué tiene que ver
eso con el casamiento?
para que todos vivamos

felices, bastante tengo.

CONDE. Nicolás!

NIC. Está esta buena!
¿Piensas tú que es el empeño
de casar á los muchachos
por el millon?

CONDE. Pero...

NIC. Pero...
(Amenazador.)
ah, si mi hermano no fueras!...

CONDE. Pero Nicolás...

NIC. Reviento!
(Cae en un sillon.)
¡desagradecido! ¡ingrato!
(Llorando.)
¿Y vine á Madrid para esto!
(Pausa.)
No puede uno ser honrado,
ni cariñoso. Me acuerdo,
que el mayorazgo era tuyo,
y que al morir los dos viejos
hicimos partes iguales
aunque eras el primogénito.
Pues si eso hicimos entónces,
dí, ¿por qué no hemos de hacerlo
otra vez?

CONDE. No, hermano mio.

NIC. Qué dices?

CONDE. No lo consiento.

NIC. Perico, el hombre propone,
segun dice aquel proverbio,
pero Dios dispone. Escucha.
Nuestro cuarto aún conservo
en el mismo estado; aún
guardo los libros de texto
del estudio: allí verás
tu Tesauro de Requejo,
tu Calepino de Salas,
tu Nebrija, y hasta creo
que ha de estar tu primer plana;
como oro en paño los tengo;
destinamos á los chicos

al cuarto principal, bueno,
en el segundo nosotros,
Enrique y Luisa al tercero,
y todos estamos juntos
y estamos los dos en medio.
Llegarán las largas noches,
Perico, del crudo invierno;
y allí, reunidos todos
formando círculo al fuego
del hogar, hermano mio,
habrá un solo pensamiento,
el del cariño, y huirán
los pesares de tu pecho.
Por la primavera á caza,
á ver el cerrado, el prédio
del Nogueral; los pastores,
las ovejas y los perros.
En el verano á la siega,
en el otoño al majuelo,
luégo á recoger el mosto,
á encubar el vino nuevo
y á preparar la cosecha
para el otro año. ¡Ay, Pedro!
así pasarán los dias,
los meses, los años luégo;
la vida así irá pasando;
iremos envejeciendo,
y al lado de nuestros hijos
veremos correr los nietos,
que harán caballos de caña,
monteras de papel viejo,
que nos romperán los trastos
y aturdirán el cerebro.
Pero esos verdes retoños
colgados á nuestro cuello,
serán de la edad primera
un dulcísimo recuerdo.
Y en esta dicha constante
y en este placer inmenso,
se extinguirán nuestras vidas
con la bendicion del cielo!

ONDE. (Arrojándose en sus brazos.)

¡Ay hermano! hermano mio!

BLANCA. (Ap.) (Oh Dios mio! Yo me muero.)
No ceda usted. (Al Conde.)

CONDE. ¿Por qué causa?

BLANCA. No me caso.

CONDE. Tal empeño!...
Tú no puedes ser dichosa
sin Miguel, y yo deseo
ántes que todo tu dicha,
porque es mi único consuelo.

BLANCA. Yo le quiero con el alma...

CONDE. Entónces...

BLANCA. Pero no cedo.

NIC. ¿Se casan ó no se casan?
basta ya de cuchicheos.

CONDE. Blanca dice...

NIC. Á ver! ¿qué dice?

CONDE. Que no.

NIC. ¿Que no? lo veremos.
¡Que no! conque á más de ingratos
sois altivos y soberbios!
Pues es que yo soy capaz...

CONDE. De qué?

NIC. Nada! á mi proyecto;
las cosas están de un modo
que ya no hay otro remedio.
Abur!

CONDE. ¿Te vas?

NIC. Sí, me largo!

CONDE. ¿Pero adónde?

NIC. Á los infiernos! (Váse.)

ESCENA VII.

El CONDE, BLANCA, MIGUEL.

MIGUEL. Padre! ¿por qué se va así
mi padre? diga usted, tio?

CONDE. ¡Ay Miguel! ¡ay hijo mio!
¡qué desdichado nací!

MIGUEL. Si se puede arreglar todo;
pague usted á ese acreedor

y vamos á Fuenmayor
á vivir.

CONDE De ningun modo.

MIGUEL. Pero por qué?

CONDE. Nuestro estado
no es el mismo.

MIGUEL. Ya lo sé.

CONDE. Es muy diferente.

MIGUEL. Y qué?

CONDE. Me comprendes demasiado.

MIGUEL. No señor, no le comprendo:
¿cómo puedo yo pensar
que usted nos quiera agraviar
de ese modo?

CONDE. (Á Blanca.) Lo estás viendo?

MIGUEL. ¿Con qué es por tí, Blanca?

BLANCA. Sí,
por mí es, la suerte dura
no quiere que esa ventura,
Miguel, sea para mí.

MIGUEL. Y por qué?

BLANCA. Estoy decidida
á no olvidar mi deber;
(Con ternura)
pero esta pobre mujer
te amará toda la vida!

MIGUEL. ¿Qué mayor felicidad
si te quiero y tú me quieres?

BLANCA. ¡Ay Miguel! es que hay dos seres
que quedan en la orfandad.
Si yo á tu cariño cedo,
en qué aislamiento profundo
quedan! solos en el mundo
con sus lágrimas! no puedo;
yo jamás los abandono.

MIGUEL. Vendrán con nosotros.

CONDE. No,
eso no es posible, yo
mi deshonra no perdono.

BLANCA. Lo ves?

MIGUEL. Es usted cruel!

CONDE. Infame para mí ha sido.

MIGUEL. Señor...
CONDE. Estoy decidido;
no hablemos, no hablemos de él!
BLANCA. Papá, comprender no puedes
la pena, el dolor que tengo.
(Aparece Luisa vestida de negro á la puerta de su habitacion.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, LUISA.

TODOS. ¡Luisa!
LUISA. Yo vengo... yo vengo
á despedirme de ustedes;
de todos.
BLANCA. ¡Vírgen María!
CONDE. ¿Á despedirte?
BLANCA. Qué dices?
LUISA. Sean ustedes felices
más que yo.
BLANCA. ¡Luisa!
CONDE. ¡Hija mia!
LUISA. Con madura reflexion
lo decidimos.
BLANCA. ¡Qué siento!
LUISA. Y ya se acerca el momento
de nuestra separacion.
Siempre con nosotros va
el dolor y la tristeza,
una nueva vida empieza
para los dos, justo es ya,
pues la causa Enrique ha sido
de un mal tan grave y profundo,
que vea el castigo el mundo
del crímen que ha cometido.
BLANCA. ¿Y adónde vais?
LUISA. Á Sevilla.
BLANCA. Y qué va á hacer?
LUISA Buscará
trabajo y se humillará,
si quien trabaja se humilla.

BLANCA. No puede ser.
CONDE. (Ap.) ¡Hijo mio!
BLANCA. Yo voy á hablar á mi hermano-
LUISA. No te canses, es en vano,
Blanca, no.
BLANCA. ¡Qué desvarío!
LUISA. No hay en el mundo poder
que nuestro designio impida.
BLANCA. (Conmovida.)
Y os vais... ¡por toda la vida!
LUISA. ¡Ay Blanca! bien puede ser!
BLANCA. ¡Luisa! ¿y tendreis corazon
para que se lleve á efecto
ese insensato proyecto,
responde.
CONDE. Tienen razon!
Bálsamo es de los que gimen
el trabajo, en él se acendra
la virtud que de él se engendra,
y las culpas se redimen.
Y pues los ojos ha abierto
de su deber á la luz,
Enrique... ¡lleve su cruz!
LUISA. (Con timidez.) Pero usted.
CONDE. Para mí ha muerto.
BLANCA. (Arrojándose á sus piés.)
¡Ah! papá!
LUISA. (Id.) Papá!
CONDE. (Llorando.) No quiero
sufrir más esta agonía;
que venga! (Á Luisa.) Dile, hija mia,
que hace tiempo que le espero.
BLANCA. (Corriendo á la habitacion de Enrique.)
Enrique!
LUISA. (Id.) Enrique! perdon!
(El Conde cae en un sillon.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, ENRIQUE.

ENR. (Sale de su cuarto vacilante y en estado febril.)

¡Perdon! ¡no! yo desconfio!...
(Tiende los brazos buscando á su padre.)
En dónde!... en dónde!...

CONDE. (Levantándose y abriéndole los brazos.)
¡Hijo mio!

ENR. (Precipitándose en ellos.)
¡Padre de mi corazon! (Arrodillándose.)
Déjeme usted que á sus piés
exhale el alma en pedazos.

CONDE. (Levantándole y abrazándole.)
¡Hijo! no! Ven á mis brazos!
á mi corazon! (Dan las tres.)

TODOS. (Aterrados.) ¡Las tres!

ESCENA X.

LOS MISMOS, JUAN.

JUAN. Señor.

CONDE. Juan.

JUAN. Dos hombres...

CONDE. Sí,
ya sé lo que es; ellos son!
que entren en mi habitacion.

ENR. ¡Ah padre!
(Voces y tumulto fuera.)

NIC. (Dentro.) Largo de aquí.

JULIAN. (Dentro.) Don Nicolás!

NIC. (Dentro.) Fuera!

CONDE. Quién!
(Viendo salir á D. Nicolás y Julian, éste en traje de viaje.)
¡Calla!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, D. NICOLÁS, JULIAN.

NIC. (Corriendo á abrazarle.)
Perico, Perico,
todo está arreglado, chico,
ensancha ese pecho y ven,

dame un abrazo.

ENR. (Con alegría.) Estoy loco!

LUISA y BLANCA. Tio!

CONDE. Nicolás! Julian! (Todos le rodean.)

NIC. Caballeros, que nos van
á espachurrar, ¡poco á poco!

CONDE. Pero esas sumas...

NIC. Pagadas,
y libre de aquel fullero.

CONDE. Pagadas?...

NIC. Parte en dinero,
lo demás en bofetadas.

CONDE. Qué estás diciendo?

NIC. ¿Pues no?
si es admirable mi plan.

CONDE. Quién dió el dinero?

NIC. Julian,
y las bofetadas yo.
En todas las ocasiones
en que hay asuntos pendientes
y se tuercen, no hay razones
más claras, más concluyentes,
que palos y mojicones.
El que no lo ve está ciego.
Poniendo por obra luégo
mi intento sin vacilar,
á San Torcaz fuí á buscar.

CONDE. ¿Dónde?

NIC. Á la casa de juego.

MIGUEL. Usted?

CONDE. Tú?

NIC. Yo! Sí señor.

CONDE. Qué locura!

NIC. Poco á poco
me fuí con un Inspector
paisano, de Fuenmayor,
amigo mio.

CONDE. ¡Estás loco!

NIC. Por suerte no era ruleta,
era monte.

CONDE. Y bien! y qué?

NIC. Su ganancia era completa.

CONDE. ¿Y qué hiciste?
NIC. Me arriesgué
á jugar media peseta.
¿Eh? qué tal? ¡yo jugador!
allí estaba ojo avizor,
fija la vista en el juego;
por desgracia al buen señor
se le antojó echar el pego.
¡Aquí fué Troya! alzo el brazo
y diciendo: «¡Ladronzo!»
con nunca vista presteza
le descargo en la cabeza
un soberbio puñetazo.
TODOS. ¡Oh!
NIC. ¡Profunda sensacion!
cómo esta! Cae el bribon
desde la silla, ¡qué espanto!
el Inspector entre tanto
pone en la mesa el baston:
¡La autoridad! ¡Friolera!
¡qué tumulto! ¡qué jarana!
todos quieren salir fuera
y ruedan por la escalera
ó saltan por la ventana.
Éste era el plan acordado;
cuando quedó despejado
aquel inmundo lugar,
nos fuimos á levantar
al banquero derrengado.
Y yo le dije: «Al avío,
yo de Enrique soy el tio,
y ántes que mi ley ejerza,
firme y ceda, señor mio,
á la razon de la fuerza.»
Entónces, mal de su grado,
firmó y despues de firmado
me confesó arrepentido
que fué el dinero perdido
con malas artes robado.
Con una buena memoria
dejamos al perillan,
y se concluyó la historia.

Aquí paz y despues gloria.
Á usted le toca, Julian!

JULIAN. Yo le ví tambien.

NIC. Contento?

JULIAN. Le dije que cobraría
si la deuda me cedía
bajando un treinta por ciento,
y aceptó.

CONDE. Con que es decir
que usted pagó... está en su juicio!

JULIAN. Escaso es el sacrificio,
pienso soltero morir.
Qué puedo necesitar
ya en la vida!

LUISA. (Ap.) (¡Oh, Dios!)

JULIAN. Que cierren
mis párpados y me entierren,
y si hay quien quiera rezar...

TODOS. ¡Oh, Julian!

CONDE. Queda admitido
como préstamo.

JULIAN. Es en vano.
(Saca un devocionario de lujo, y se lo entrega á Blanca.)

BLANCA. Mi Diamante del Cristiano!

JULIAN. Cumplo lo que he prometido.

BLANCA. Mira qué lindo, Miguel, (Le hojea.)
y tiene la misa toda.
(Cáese un papel del devocionario.)
¿Y esto?

JULIAN. El regalo de boda.

BLANCA. ¿Pues qué dice este papel?

JULIAN. Léale usted.

BLANCA. (Mirando.) Dice aquí
San Torcaz...

JULIAN. ¿Qué?

BLANCA. Que cobró
diez y seis mil...

JULIAN. De quién?

BLANCA. Oh!
yo estoy soñando! de mí.

CONDE. Dispénseme usted le exija

que al fin...

JULIAN. ¡Nada! si es empeño
en pagar, su hija es el dueño,
entiéndase usted con su hija.

NIC. (Abrazándole.)
Bien, Julian! fué usté oportuno,
se ha portado como hay Díos.
(Á Enrique.)
Mira, como éste no hay dos,
no hay uno y medio; no hay uno.

ENR. ¡Ah Julian! dame tu mano
y deja que te suplique...

JULIAN. ¿Me la das de amigo, Enrique?

ENR. Julian, te la doy de hermano.

JULIAN. (Tomándola con efusion.)
¡Ah! hermano!

ENR. (Reparando en el traje.)
¡Cómo! ¿te vas?

JULIAN. Pues no estás viendo mi traje,
pues no ves que estoy de viaje?

ENR. Pero vuelves?

JULIAN. Yo? Jamás!

TODOS. ¡Oh!

JULIAN. (Á Enrique y Luisa.)
Venid aquí los dos!
(Dando las manos á Luisa y Enrique.)
Ádios!

ENR. Te vas tan de prisa!

JULIAN. (Con extremo sentimiento.)
Adios, Enrique! ¡adios, Luisa!
vivid dichosos... ¡Adios!
(Váse ahogado en llanto por el foro.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, ménos JULIAN.

(Todos se agolpan al fondo ménos el Conde y Luisa.)

TODOS. Julian!

CONDE. Dejadle marchar!

BLANCA. Ha sido tan generoso
conmigo...
MIGUEL. Blanca! es forzoso!
NIC. ¿Quién se le puede igualar?
vivirá en dolor profundo,
solo! sí! ¡qué ingratitud!
CONDE. Quien vive con la virtud
nunca está solo en el mundo.
¡Hijos! aquí! alrededor!
hermano! todos aquí,
todos! todos! ¡ahora sí
que vamos á Fuenmayor!
No volvais la vista atrás,
que allí en dulces alegrías
veremos pasar los dias,
y seremos, Nicolás,
dichosos siempre los dos,
en tiernos lazos sujetos
con los hijos y los nietos
y la bendicion de Dios.

FIN.

ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.° DE OCTUBRE DE 1872.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
tra ira... latigazos	1	Mota y Gonzalez	Todo.
er lo que no es	1	Carbou y Ferrer	»
nártir de la duda	1	Rubí y Navarro	»
bien sin mirar á quién	1	Rubí	»
bola negra	1	Zapata	»
fuerza de la razon	1	Rubí	»
sía lírica	1	Perales	»
ero ser hombre	1	Rubí (D. Tomás)	»
tese usted la ropa	1	Mota y Gonzalez	»
Jorge por Aragon	1	Escamilla	»
desertor de París	1	Saquero	»
van las economías!	1	Huici	»
sálida y mariposa	2	García Gutierrez	»
príncipe Hámlet	3	Coello	»
fuente del olvido	3	Rubí (D. Tomás)	»
razon de la fuerza	3	Retes y Echevarría	»
ZARZUELAS.			
el espacío	1	Ruiz	M.
tre dos fuegos	1	Saquero y Gisbert	L. y M.
bola negra	1	Zapata	L
s pájaros del amor	1	Navarro, Povedano y Reparaz	L. y M.
o, artistas!	1	Barranco y Ruiz	L. y M.
entrometido	2	Rubio (Mitad.)	M.
conde y el condenado	3	García Gutierrez y Larra	L.
rigor de las desdichas	3	Rubio (Mitad.)	M.
tributo de las cien doncellas	3	Barbieri	M.
eños de oro	3	Barbieri	M.

Advertencia. Han dejado de pertenecer á esta *Administracion* las obras amáticas de D. Jerónimo Moran.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina* y *Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.